

SEGUNDA PARTE

REBELDES BAJO UN CIELO DE CENIZA

En el fondo, me preocupa que mi arrogancia nos destruya a todos.

9



Vin empujó contra la moneda y se lanzó a la bruma. Salió volando de la tierra y la piedra, surcando las oscuras corrientes del cielo, la capa aleteando al viento.

Esto es libertad, pensó, mientras inhalaba profundamente el aire fresco y húmedo. Cerró los ojos, sintiendo el viento al pasar. *Esto es lo que siempre eché de menos, aunque no lo sabía.*

Abrió los ojos cuando empezó a descender. Esperó hasta el último momento y entonces arrojó una moneda. Golpeó el empedrado y ella la empujó levemente, refrenando su caída. Quemó peltre con un destello y golpeó el suelo a la carrera, precipitándose por las tranquilas calles de Fellise. El aire de finales de otoño era fresco, pero los inviernos eran generalmente suaves en el Dominio Central. A veces no caía ni un copo de nieve en años.

Lanzó una moneda hacia atrás y la usó para empujarse levemente hacia arriba y a la derecha. Aterrizó en un muro bajo de piedra, sin detener apenas el ritmo mientras corría a lo largo de la parte superior. Quemar peltre reforzaba algo más que los músculos: ampliaba todas las habilidades físicas del cuerpo. Mantener el peltre a bajo nivel le proporcionaba una sensación de equilibrio que cualquier ladrón nocturno hubiese envidiado.

La muralla giraba y Vin se detuvo en la esquina. Se agazapó, los pies descalzos y los sensibles dedos aferrados a la fría piedra. Con el cobre encendido para ocultar su alomancia, avivó estaño para reforzar sus sentidos.

Quietud. Los álamos formaban hileras sin sustancia en la bruma, como skaa macilentos en sus filas de trabajo. Las mansiones se alzaban en la distancia, cada una de ellas amurallada, atendida y bien guardada. Había muchos menos puntos de luz en la ciudad que en Luthadel. Muchas de las casas eran solo residencias de temporada, pues sus dueños estaban fuera visitando cualquier otro rincón del Imperio Final.

De repente aparecieron líneas azules ante ella, un extremo de cada una apuntándole al pecho, el otro perdido en la bruma. Vin saltó inmediatamente a un lado, esquivando un par de monedas que pasaron de largo en el aire nocturno y dejaron su rastro en la bruma. Avivó peltre, aterrizó en la calle junto a la muralla. Sus oídos amplificados por el estaño detectaron un sonido de roce; entonces una forma oscura salió despedida hacia el cielo, mientras unas cuantas líneas azules apuntaban a su bolsa de las monedas.

Vin dejó caer una moneda y se lanzó al aire tras su oponente. Volaron un momento, surcando el aire por encima de los terrenos de algún noble que nada sospechaba. El oponente de Vin cambió de rumbo en el aire, hacia la mansión. Vin lo siguió soltándose de la moneda que tenía debajo, quemando hierro y tirando del picaporte de una de las ventanas del edificio.

Su oponente llegó primero y ella oyó un golpe mientras corría hacia un lado del palacio. Se perdió un segundo más tarde.

Una luz aumentó su brillo y una confusa cabeza asomó por una

ventana cuando Vin giraba en el aire y aterrizaba con los pies contra la fachada. Inmediatamente se impulsó en la superficie vertical, desviándose un poco y empujando contra el mismo picaporte. El cristal crujió y ella salió disparada en la noche antes de que la gravedad pudiera reclamarla.

Vin voló a través de la bruma, forzando los ojos para seguir a su oponente. Él le lanzó un par de monedas, pero ella las apartó, empujándolas con desdén. Una débil línea azul cayó al suelo, una moneda arrojada; su oponente se movió de nuevo a un lado.

Vin dejó caer su propia moneda y empujó. Sin embargo, la moneda salió despedida hacia atrás desde el mismo suelo: el resultado de un empujón de su oponente. El súbito movimiento cambió la trayectoria del salto de Vin, arrojándola a un lado. Maldijo, lanzó otra moneda, la usó para empujarse de vuelta a su rumbo. Pero ya había perdido su presa.

Muy bien... pensó, golpeando el suave terreno tras la muralla. Se puso unas cuantas monedas en la mano y luego arrojó la bolsa casi llena al aire, dándole un fuerte empujón en la dirección por donde había visto desaparecer a su oponente. La bolsa desapareció en la bruma, dejando una débil línea alomántica azul.

Un puñado de monedas salió disparado de los matorrales que tenía delante, corriendo hacia su bolsa. Vin sonrió. Su oponente había supuesto que la bolsa voladora era ella. Estaba demasiado lejos para ver las monedas que tenía en la mano, igual que antes había estado demasiado lejos para que ella viera las monedas que él llevaba.

Una oscura figura salió de los matorrales, saltando sobre la

muralla de piedra. Vin esperó tranquilamente mientras la figura corría a lo largo de la muralla y pasaba al otro lado.

Vin se lanzó al aire y luego arrojó su puñado de monedas mientras la figura pasaba por debajo. El oponente empujó inmediatamente, dispersando las monedas... pero eran solo una distracción. Vin aterrizó ante él, desenfundando los cuchillos de cristal. Atacó y descargó un golpe, pero el contrario dio un salto hacia atrás.

Algo va mal. Vin esquivó y se hizo a un lado mientras un puñado de chispeantes monedas (las suyas, las que su oponente había dispersado) caían desde el cielo en la mano del rival, que se volvió y las lanzó contra ella.

Vin soltó las dagas con un gritito ahogado, parapetándose con las manos y empujando las monedas. Inmediatamente, fue impelida hacia atrás cuando su oponente igualó su empujón.

Una de las monedas saltó al aire y quedó flotando directamente entre ambos. El resto de las monedas desaparecieron en la bruma, dispersadas por fuerzas contrarias.

Vin avivó su acero mientras volaba y oyó a su oponente gruñir mientras era empujado también hacia atrás hasta que golpeó la pared. Vin chocó contra un árbol, pero avivó peltre e ignoró el dolor. Usó la madera para sostenerse y continuó empujando.

La moneda titiló en el aire, atrapada entre la fuerza amplificada de dos alománticos. La presión aumentó. Vin apretó los dientes, sintiendo el pequeño álamo doblarse tras ella.

El empuje de su oponente era implacable.

¡No... dejaré... que me venza!, pensó Vin, avivando acero y peltre

a la vez, gruñendo ligeramente mientras arrojaba toda su fuerza a la moneda.

Hubo un momento de silencio. Entonces Vin saltó hacia atrás y el árbol chasqueó con fuerza en el aire nocturno.

Vin golpeó el suelo, rodeada de trozos de madera. Ni siquiera el estaño y el peltre fueron suficientes para mantener su mente despejada mientras rodaba por el empedrado y acababa por detenerse, mareada. Una figura oscura se acercó, los lazos de la capa de bruma revoloteando a su alrededor. Vin se puso en pie de un salto y echó mano a los cuchillos, olvidando que los había dejado caer.

Kelsier se quitó la capucha y le ofreció los cuchillos. Uno estaba roto.

—Sé que es algo instintivo, Vin, pero no tienes que extender las manos cuando empujas... ni tienes que soltar lo que llevas en las manos.

Vin hizo una mueca en la oscuridad, se frotó el hombro y asintió mientras recogía las dagas.

—Buen trabajo con la bolsa —dijo Kelsier—. Has estado a punto de engañarme.

—Para lo que ha servido —gruñó Vin.

—Solo llevas unos cuantos meses haciendo esto. Considerándolo, tu progreso es fantástico. Sin embargo, te aconsejaría que evitaras competiciones de empuje con gente que pesa más que tú. —Hizo una pausa, mirando la figura bajita y delgada de Vin—. Lo cual significa que deberías evitar enfrentarte casi con cualquiera.

Vin suspiró y se desperezó. Tendría más magulladuras. *Al menos*

no serán visibles. Ahora que los moratones que le había causado Camon habían desaparecido por fin, Sazed le había advertido que tuviera cuidado. El maquillaje no los cubriría completamente y tendría que parecer una joven noble «decente» si iba a infiltrarse en la corte.

—Toma —dijo Kelsier, entregándole algo—. Un recuerdo.

Vin alzó el objeto: la moneda que habían empujado entre los dos. La presión la había doblado y aplastado.

—Te veré en la mansión —dijo Kelsier.

Vin asintió y Kelsier desapareció en la noche. *Tiene razón, pensó. Soy más pequeña, peso menos y tengo un alcance más breve que la gente con quien pueda enfrentarme. Si ataco a alguien de frente, perderé.*

La alternativa siempre había sido su método de cualquier manera: debatirse en silencio, permanecer invisible. Había aprendido a usar la alomancia del mismo modo. Kelsier seguía diciéndole que estaba desarrollando de manera sorprendentemente rápida sus habilidades alománticas. Parecía convencido de que era por sus lecciones, pero Vin creía que se debía a otra cosa. Las brumas... los paseos nocturnos... todo eso le parecía adecuado. No le preocupaba dominar la alomancia a tiempo para ayudar a Kelsier contra otros nacidos de la bruma.

Era su otra función en el plan lo que la preocupaba.

Suspirando, Vin saltó sobre la muralla para buscar su bolsa de monedas. En la mansión (no la casa de Renoux, sino la vivienda de algún otro noble) había luces encendidas y gente moviéndose. Nadie se aventuró a salir a la noche. Los skaa temían a los espectros; los nobles seguramente imaginaban que los nacidos de

la bruma habían causado el alboroto. Ninguna de las dos posibilidades invitaba a una persona en su sano juicio a un enfrentamiento.

Vin localizó su bolsa siguiendo las líneas de acero en las ramas superiores de un árbol. Tiró suavemente hasta hacerla caer en su mano y luego se marchó a la calle. Kelsier debía de haber dejado allí la bolsa: las dos docenas de óbolos que contenía no merecían su tiempo. Sin embargo, durante casi toda su vida Vin había mendigado y pasado hambre. No podía permitirse derrochar. Incluso lanzar monedas para saltar la hacía sentirse incómoda.

Así que usó sus monedas lo menos que pudo mientras regresaba a la Mansión Renoux, prefiriendo empujar y tirar de edificios y trozos abandonados de metal. El paso, medio carrera medio salto, de los nacidos de la bruma ya le resultaba natural y no tenía que pensar mucho en sus movimientos.

¿Cómo le iría, cuando intentara hacerse pasar por noble? No podía ocultar sus temores, no de sí misma. Camon había sido bueno imitando a los nobles porque tenía mucha confianza en sí mismo, y ese era un atributo del que Vin carecía. Su éxito con la alomancia solo demostraba que su lugar estaba en las esquinas y las sombras, no frecuentando salas de baile con vestidos elegantes.

Kelsier, sin embargo, se negaba a dejarla renunciar. Vin aterrizó ante la Mansión Renoux jadeando levemente por el esfuerzo. Miró las luces con una leve sensación de aprensión.

Tienes que aprender a hacerlo, Vin, le decía Kelsier continuamente. Eres una alomántica de talento, pero necesitarás más que empujones al acero para tener éxito con los nobles. Hasta

que puedas moverte en su sociedad con la facilidad con que lo haces en las brumas, estarás en desventaja.

Dejando escapar un silencioso suspiro, Vin se incorporó, se quitó la capa y la dejó caer para recogerla más tarde. Luego subió los escalones y entró en el edificio. Cuando preguntó por Sazed, los criados de la mansión le indicaron las cocinas, así que se encaminó hacia la sección apartada y oculta del edificio formada por las viviendas de los sirvientes.

Incluso esa parte del edificio estaba inmaculadamente limpia. Vin estaba empezando a comprender por qué Renoux era un impostor tan convincente: no permitía imperfecciones. Si mantenía su actuación la mitad de bien que mantenía el orden en su mansión, entonces Vin dudaba que nadie descubriera jamás el engaño.

Pero debe de tener algún defecto, pensó. En la reunión de hace dos meses, Kelsier dijo que Renoux no podría soportar el escrutinio de un inquisidor. ¿Es posible que puedan percibir algo de sus emociones, algo que lo traicione?

Era un asunto secundario, pero Vin no lo había olvidado. A pesar de las palabras sobre la sinceridad y la confianza, Kelsier todavía tenía sus secretos. Todo el mundo los tenía.

Sazed estaba, en efecto, en las cocinas. Hablaba con una criada de mediana edad. Era alta para tratarse de una skaa, aunque de pie junto a Sazed parecía diminuta. Vin la reconoció como un miembro del personal de la casa; se llamaba Cosahn. Vin había hecho el esfuerzo de memorizar los nombres de todo el personal, aunque solo fuera para no perderles la pista.

Sazed se volvió cuando ella entraba.

—Ah, dama Vin. Regresas a tiempo. —Indicó a su acompañante

—. Ella es Cosahn.

Cosahn estudió a Vin con aire profesional. Vin ansió regresar a las brumas, donde la gente no podía mirarla así.

—Creo que ya es lo bastante largo —dijo Sazed.

—Es probable —respondió Cosahn—. Pero no puedo hacer milagros, maese Vaht.

Sazed asintió. «Vaht» era, al parecer, el tratamiento que se daba a los mayordomos terrisanos. Sin ser del todo skaa, pero tampoco claramente nobles, los terrisanos ocupaban un lugar muy extraño en la sociedad imperial.

Vin los estudió a los dos con recelo.

—Tu pelo, señora —dijo Sazed tranquilo—. Cosahn va a cortártelo.

—Oh —dijo Vin, tocándoselo. Lo tenía un poco largo para su gusto, aunque dudaba que Sazed fuera a hacérselo cortar como un muchacho.

Cosahn indicó una silla y Vin se sentó, reticente. La enervaba sentarse dócilmente mientras alguien trabajaba con tijeras tan cerca de su cabeza, pero no había más remedio.

Después de pasar las manos por el pelo de Vin, recortando suavemente, Cosahn empezó a cortar.

—Qué pelo tan bonito —dijo, casi para sí—, denso, con un precioso tono negro. Es una lástima que lo lleve tan descuidado, maese Vaht. Muchas mujeres de la corte morirían por un pelo como este... Tiene suficiente cuerpo para ahuecarse, pero es lo bastante liso para trabajar con facilidad con él.

Sazed sonrió.

—Tendremos que encargarnos de que reciba mejores cuidados

en el futuro —dijo.

Cosahn continuó su trabajo, asintiendo para sí. Al cabo de un rato, Sazed se acercó y se sentó delante de Vin.

—Supongo que Kelsier no ha regresado todavía, ¿no? —preguntó Vin.

Sazed negó con la cabeza y Vin suspiró. Kelsier no creía que tuviera suficiente práctica para acompañarlo en sus incursiones nocturnas, muchas de las cuales realizaba directamente después de sus sesiones de entrenamiento con ella. Durante los dos últimos meses, Kelsier había visitado las propiedades de una docena de casas nobles diferentes, tanto en Luthadel como en Fellise. Cambiaba de disfraz y de motivo aparente, tratando de crear confusión entre las Grandes Casas.

—¿Qué? —preguntó Vin, mirando a Sazed, que la observaba con expresión curiosa.

El terrisano asintió respetuoso.

—Me estaba preguntando si estarías dispuesta a escuchar otra propuesta.

Vin suspiró, encogiéndose de hombros.

—Bien.

No puede decirse que tenga otra cosa que hacer aquí.

—Creo que tengo la religión perfecta para ti —dijo Sazed, y su rostro normalmente estoico reveló un atisbo de ansiedad—. Se llama trelagismo, por el dios Trel. Lo adoraban los nelazanos, un pueblo que vivía muy lejos, al norte. En su tierra, el ciclo del día y la noche era muy extraño. Durante algunos meses del año estaba oscuro casi todo el día. En verano, sin embargo, solo oscurecía unas cuantas horas.

»Los nelazanos creían que había belleza en la oscuridad y que la luz del día era más profana. Consideraban las estrellas los Mil Ojos de Trell que los miraban. El sol era el único ojo celoso del hermano de Trell, Nalt. Como Nalt solo tenía un ojo, lo hacía brillar con tanta fuerza para superar a su hermano. Los nelazanos, sin embargo, no se dejaban impresionar y preferían adorar al silencioso Trell, que los vigilaba incluso cuando Nalt oscurecía el cielo.

Sazed guardó silencio. Vin no estaba segura de cómo responder, así que no dijo nada.

—Realmente es una buena religión, dama Vin —dijo Sazed—. Muy amable y a la vez muy poderosa. Los nelazanos no eran un pueblo avanzado, pero sí bastante decidido. Trazaron mapas de todo el cielo nocturno, contando y situando cada estrella importante. Sus costumbres te vienen bien... sobre todo su preferencia por la noche. Puedo contarte más cosas, si lo deseas.

Vin negó con la cabeza.

—No importa, Sazed.

—¿No te parece bien, entonces? —dijo Sazed, frunciendo levemente el ceño—. Ah, bueno. Tendré que pensarlo un poco más. Gracias, señora..., creo que eres muy paciente conmigo.

—¿Pensarlo un poco más? —preguntó Vin—. Es la quinta religión a la que tratas de convertirme, Sazed. ¿Cuántas más puede haber?

—Quinientas sesenta y dos —dijo Sazed—. O, al menos, ese es el número de sistemas de creencias que conozco. Hay, probable y desafortunadamente, otras que han desaparecido de este mundo sin dejar huellas para que mi pueblo las recopile.

Vin hizo una pausa.

—¿Y tienes *memorizadas* todas esas religiones?

—Tantas como es posible. Sus oraciones, sus creencias, su mitología. Muchas son muy similares: derivaciones o sectas unas de otras.

—Incluso así, ¿cómo puedes recordar todo eso?

—Tengo... métodos.

—Pero ¿qué sentido tiene?

Sazed frunció el ceño.

—La respuesta debería ser obvia, creo. Las personas son valiosas, dama Vin, y también, por tanto, lo son sus creencias. Desde la Ascensión de hace mil años, han desaparecido muchas de esas fes. El Ministerio de Acero prohíbe adorar todo lo que no sea el lord Legislador y los inquisidores han destruido muy diligentemente cientos de religiones. Si alguien no las recuerda, desaparecerán sin más.

—¿Quieres decir que estás intentando hacerme creer en religiones que llevan mil años muertas? —preguntó Vin, incrédula.

Sazed asintió.

¿Es que todos los que se relacionan con Kelsier están locos?

—El Imperio Final no puede durar eternamente —dijo Sazed en voz baja—. No sé si maese Kelsier será quien le ponga fin, pero ese fin vendrá. Y cuando lo haga, cuando el Ministerio de Acero ya no domine, los hombres querrán regresar a las creencias de sus padres. Ese día recurrirán a los guardadores y ese día devolveremos a la humanidad sus verdades olvidadas.

—¿Guardadores? —preguntó Vin mientras Cosahn procedía a recortar sus rizos—. ¿Hay más como tú?

—No muchos. Pero algunos. Suficientes para pasar las verdades a la siguiente generación.

Vin permaneció en silencio, pensativa, resistiendo la necesidad de agitarse bajo la labor de Cosahn. La mujer, desde luego, se estaba tomando su tiempo: cuando Reen le cortaba el pelo a Vin le bastaban unos cuantos trasquilones.

—¿Repasamos tus lecciones mientras esperamos, dama Vin? —preguntó Sazed.

Vin miró al terrisano y él le sonrió. Sabía que la tenía cautiva: no podía moverse, ni siquiera sentarse a la ventana para contemplar las brumas. Lo máximo que podía hacer era seguir allí sentada y escuchar.

—Bien.

—¿Puedes nombrar las diez Grandes Casas de Luthadel por orden según su poder?

—Venture, Hasting, Elariel, Tekiel, Lekal, Erikeller, Erikell, Haught, Urbain y Buvidas.

—Bien. ¿Y tú eres...?

—Soy lady Valette Renoux, prima cuarta de lord Teven Renoux, dueño de esta mansión. Mis padres, lord Hadren y lady Fellete Renoux, viven en Chakath, una ciudad del Dominio Occidental. Su principal exportación, la lana. Mi familia se dedica al comercio de tintes, sobre todo rojo cárdeno, de los caracoles que son comunes allí, y amarillo margarita, hecho con corteza de árbol. Como parte de un acuerdo comercial con su primo lejano, mis padres me enviaron a Luthadel para que pueda pasar algún tiempo en la corte.

Sazed asintió.

—¿Y qué te parece esta oportunidad?

—Estoy sorprendida y un poco abrumada. La gente me prestará atención porque desea conseguir favores de lord Renoux. Como no

estoy familiarizada con las costumbres de la corte, me halagará su atención. Me integraré en la comunidad cortesana, pero me mantendré tranquila y apartada de las intrigas.

—Tus dotes de memorización son admirables, señora —dijo Sazed—. Este humilde ayudante se asombra de cuánto éxito podrías tener si te dedicaras a aprender en vez de evitar tus lecciones.

Vin se lo quedó mirando.

—¿Todos los «humildes ayudantes» dan tanta conversación a sus amos como tú?

—Solo los que tienen éxito.

Vin lo miró, luego suspiró.

—Lo siento, Sazed. No pretendo evitar tus lecciones. Es que... las brumas... a veces me distraigo.

—Bueno, afortunada y sinceramente, eres muy rápida aprendiendo. Sin embargo, la gente de la corte ha tenido toda la vida para estudiar etiqueta. Incluso como noble rural, hay ciertas cosas que debes saber.

—Lo sé. No quiero destacar.

—Ay, eso no podrás evitarlo, señora. ¿Una recién llegada, de una parte lejana del imperio? Sí, se fijarán en ti. Lo que no queremos es hacerles sospechar. Debes ser estudiada y luego ignorada. Si te haces demasiado la tonta, eso levantará sospechas.

Magnífico.

Sazed hizo una pausa y ladeó ligeramente la cabeza. Unos cuantos segundos más tarde, Vin oyó pasos en el pasillo. Kelsier entró en la sala con una sonrisa de satisfacción. Se quitó la capa de bruma y se detuvo al ver a Vin.

—¿Qué? —preguntó ella, hundiéndose un poco más en el asiento.

—El corte de pelo está muy bien —dijo Kelsier—. Buen trabajo, Cosahn.

—No ha sido nada, maese Kelsier. —Vin captó el rubor en su voz—. Solo trabajo con lo que tengo.

—Un espejo —dijo Vin, tendiendo la mano.

Cosahn le entregó uno. Vin lo alzó y lo que vio la dejó sin habla. Parecía... una chica.

Cosahn había hecho un trabajo notable alisándole el pelo para que no se le encrespara. Vin había descubierto que, si se dejaba el pelo demasiado largo, tenía tendencia a rizársele. Ahora el pelo de Vin no era demasiado largo (apenas le llegaba hasta las orejas), pero por lo menos se mantenía liso.

No quieras que piensen en ti como en una chica, le advirtió la voz de Reen. Sin embargo, por una vez, quiso ignorar aquella voz.

—¡Podríamos convertirte en toda una damisela, Vin! —dijo Kelsier con una risotada, y se ganó una mirada de reproche por su parte.

—Primero tendremos que convencerla de que no frunza tanto el ceño, maese Kelsier —comentó Sazed.

—Eso va a ser difícil. Está acostumbrada a poner mala cara. De todas formas, muy bien, Cosahn.

—Todavía me quedan unos cuantos retoques que hacer, maese Kelsier —dijo la mujer.

—Continúa pues. Pero voy a llevarme a Sazed un momento.

Kelsier le hizo un guiño a Vin y Sazed y él salieron de la habitación... dejando una vez más a la muchacha en situación de no poder escucharlos.

Kelsier se asomó a la cocina y vio a Vin sentada en su silla, malhumorada. El corte de pelo era realmente bueno. Sin embargo, sus cumplidos tenían un motivo ulterior: sospechaba que Vin había escuchado decir demasiadas veces que no valía nada. Tal vez con un poco más de confianza en sí misma no intentaría esconderse tanto.

Dejó que la puerta se cerrara y luego se volvió hacia Sazed. El terrisano esperaba, como siempre, con descansada paciencia.

—¿Cómo va el entrenamiento? —preguntó Kelsier.

—Muy bien, maese Kelsier —respondió Sazed—. Ella ya sabía algunas cosas por la formación recibida de su hermano. Aparte de eso, es una chica enormemente inteligente, receptiva y de memoria rápida. No esperaba tanta habilidad en alguien que creció en sus circunstancias.

—Muchos niños de la calle son listos —dijo Kelsier—. Los que no lo son, mueren.

Sazed asintió solemnemente.

—Es extremadamente reservada y creo que no aprecia mis lecciones en todo su valor. Es muy obediente, pero es rápida a la hora de explotar errores o malentendidos. Si no le digo exactamente dónde y cuándo reunirnos, suelo tener que buscarla por toda la mansión.

Kelsier asintió.

—Creo que es su forma de tener un poco de control sobre su vida. De todas maneras, lo que quería saber es si está preparada o no.

—No estoy seguro, maese Kelsier —respondió Sazed—. El conocimiento puro no equivale a habilidad. No estoy seguro de que

tenga la... capacidad para imitar a una noble, aunque sea a una joven e inexperta. Hemos practicado cenas, repasado la etiqueta para conversar y memorizado chismorreos. Parece hábil en todo, en una situación controlada. Le ha ido bien en las meriendas que Renoux ha celebrado para algunos invitados nobles. Sin embargo, no podremos saber con seguridad si es capaz de hacerlo hasta que la dejemos sola en una fiesta de aristócratas.

—Ojalá pudiéramos practicar un poco más —dijo Kelsier, sacudiendo la cabeza—. Pero cada semana que pasamos preparándola aumentan las posibilidades de que el Ministerio descubra nuestro creciente ejército en las cuevas.

—Es una prueba de equilibrio, entonces —dijo Sazed—. Debemos esperar lo suficiente para reunir a los hombres que necesitamos y movernos pronto para evitar ser descubiertos.

Kelsier asintió.

—No podemos detenernos por un miembro del grupo... Tendremos que encontrar a otra persona que nos haga de topo si a Vin le sale mal. Pobre chica..., ojalá la hubiera entrenado mejor en la alomancia. Apenas hemos cubierto los primeros cuatro metales. ¡Pero no tengo suficiente tiempo!

—Si puedo hacer una sugerencia...

—Por supuesto, Sazed.

—Envía a la chica con alguno de los brumosos del grupo. He oído decir que Brisa es un aplacador eficaz y sin duda los demás son igualmente dotados. Que ellos le enseñen a Vin cómo usar sus habilidades.

Kelsier hizo una pausa y reflexionó.

—Es buena idea, Sazed.

—¿Pero?

Kelsier miró hacia la puerta. Al otro lado, Vin seguía sometida a su corte de pelo.

—No estoy seguro. Hoy, cuando nos estábamos entrenando, nos enzarzamos en una pelea empujando acero. La chica debe de pesar menos de la mitad que yo, pero me ofreció de todas formas un enfrentamiento decente.

—Personas distintas tienen fuerzas distintas en la alomancia —dijo Sazed.

—Sí, pero la diferencia no suele ser tan grande —respondió Kelsier—. Además, yo tardé meses en aprender a manipular mis tirones y empujones. No es tan fácil como parece: incluso comprender algo tan sencillo como empujarte a ti mismo hasta lo alto de un tejado requiere asimilar el peso, el equilibrio y la trayectoria.

»Pero Vin... parece saber todas esas cosas por instinto. Ciertamente, solo puede usar los primeros cuatro metales con habilidad, pero el progreso que ha hecho es sorprendente.

—Es una chica especial.

Kelsier asintió.

—Se merece más tiempo para aprender sus poderes. Me siento un poco culpable por haberla metido en nuestros planes. Seguro que acaba en una ceremonia de ejecución del Ministerio con el resto de nosotros.

—Pero esa culpabilidad no te impedirá usarla como espía de la aristocracia.

Kelsier negó con la cabeza.

—No. No lo hará. Necesitamos toda la ventaja que podamos

conseguir. Pero... vigílala, Sazed. De ahora en adelante, actuarás como mayordomo y guardián de Vin en todos los actos a los que asista... No resultará extraño que la acompañe un sirviente terrisano.

—En absoluto —reconoció Sazed—. De hecho, sería extraño enviar a una chica de su edad a la corte sin escolta.

—Protégela, Sazed. Puede que sea una alomántica poderosa, pero carece de experiencia. Me sentiré mucho menos culpable enviándola a esos cubiles aristocráticos si sé que tú estás con ella.

—La protegeré con mi vida, maese Kelsier. Te lo prometo.

Kelsier sonrió y colocó agradecido una mano en el hombro de Sazed.

—Pobre del hombre que se interponga en tu camino.

Sazed inclinó la cabeza con humildad. Parecía inofensivo, pero Kelsier conocía la fuerza que escondía. Pocos hombres, alománticos o no, lo tendrían fácil para enfrentarse a un guardador cuya furia hubieran despertado. Quizás eso explicara que el Ministerio hubiese perseguido a aquella secta hasta su práctica extinción.

—Muy bien —dijo Kelsier—. Vuelve a tus enseñanzas. Lord Venture va a celebrar un baile a finales de semana y, preparada o no, Vin estará allí.

Me sorprende cuántas naciones se han unido en pos de nuestro propósito. Sigue habiendo disidentes, naturalmente, y algunos reinos, por desgracia, se han enzarzado en guerras que no he podido detener.

Sin embargo, contemplar esta unidad general es glorioso, casi abrumador. Ojalá a las naciones de la humanidad no les hubiera hecho falta una amenaza tan terrible para ver el valor de la paz y la cooperación.

10



Vin caminaba por una calle de las Grietas, uno de los muchos suburbios skaa de Luthadel, con la capucha puesta. Por algún motivo, prefería el calor asfixiante de una capucha a la opresiva luz roja del sol.

Caminaba encorvada, la mirada gacha, pegada al borde de la calle. Los skaa con los que se cruzaba tenían el mismo aire de derrota. Nadie alzaba la cabeza; nadie caminaba con la espalda recta o una sonrisa optimista. En los suburbios, esas cosas podían hacerte parecer sospechoso.

Casi había olvidado lo opresiva que podía ser Luthadel. Las semanas que había pasado en Fellise la habían acostumbrado a sus árboles y su piedra limpia. Aquí no había nada blanco: ningún álamo, nada de granito encalado. Todo era negro.

Los edificios estaban manchados por incontables y repetitivas lluvias de ceniza; el aire lleno del humo de las infames fábricas de Luthadel y un millar de cocinas de nobles; el empedrado, los

portales y las esquinas cubiertos de hollín: los suburbios rara vez se limpiaban.

Es como... como si las cosas fueran más brillantes de noche que durante el día, pensó Vin, arrebuajándose en su capa skaa y doblando una esquina. Pasó junto a mendigos agazapados con las manos tendidas esperando una limosna; sus súplicas caían en vano en los oídos de unas personas que también pasaban hambre. Pasó junto a obreros que caminaban con la cabeza gacha y los hombros hundidos, los gorros o las capuchas caladas para mantener la ceniza apartada de sus ojos. De vez en cuando, pasaba ante escuadrones de guardias de la ciudad, armados de pies a cabeza (peto, casco y capa negra) e intentando parecer lo más intimidatorios que podían.

Este último grupo se movía en los suburbios actuando como la mano del lord Legislador en una zona que la mayoría de los obligadores encontraba demasiado repugnante para visitar. Los hombres de la Guarnición daban patadas a los mendigos para asegurarse de que eran realmente inválidos, detenían a los obreros que pasaban para acosarlos porque estaban en la calle en vez de trabajando y solían molestar a todo el que podían. Vin se encogió cuando pasó un grupo y se bajó aún más la capucha. Era lo bastante mayor para tener que estar engendrando hijos o trabajando en una fábrica, pero por su altura parecía más joven.

O bien la treta funcionó o aquel escuadrón no estaba interesado en buscar gente descarriada, pues la dejaron pasar sin apenas mirarla. Vin dobló una esquina, recorrió un callejón manchado de ceniza y se acercó a la cola para comer que había al fondo.

Como la mayoría de las cocinas, esta era sucia y estaba

pobremente mantenida. En una economía en la que los obreros rara vez obtenían una paga directa, las cocinas tenían que ser mantenidas por la nobleza. Algunos lores locales (dueños de las fábricas y fraguas de la zona, lo más probable) pagaban al dueño de la cocina para que proporcionara comida a los skaa. Los obreros recibían vales por su tiempo y se les concedía un breve descanso a mediodía para ir a comer. Los comedores evitaban a los pequeños negocios los costes de proporcionar comidas en el lugar de trabajo.

Naturalmente, como al dueño del comedor se le pagaba, podía embolsarse lo que ahorrara en ingredientes. Según la experiencia de Vin, la comida de las cocinas era tan sabrosa como el agua manchada de ceniza.

Por fortuna, no había ido a comer. Se unió a la cola en la puerta y esperó en silencio mientras los obreros mostraban sus vales de metal. Cuando le llegó el turno, sacó un disquito de madera y se lo pasó al skaa de la puerta. El hombre aceptó el óbolo con un rápido movimiento, asintiendo casi imperceptiblemente hacia la derecha.

Vin se encaminó en la dirección indicada, atravesó un sucio comedor cuyo suelo estaba cubierto de la ceniza que habían arrastrado al entrar. Cuando se acercó a la pared del fondo, vio una ajada puerta de madera en un rincón. Un hombre sentado ante la puerta la miró a los ojos, asintió brevemente y abrió la puerta. Vin pasó veloz a la habitación contigua.

—¡Vin, querida! —dijo Brisa, sentado ante una mesa situada cerca del centro de la habitación—. ¡Bienvenida! ¿Qué tal por Fellise?

Vin se encogió de hombros y se sentó a la mesa.

—Ah —dijo Brisa—. Casi había olvidado lo fascinante de tu

conversación. ¿Vino?

Vin negó con la cabeza.

—Bueno, pues a mí sí que me apetece.

Brisa vestía uno de sus extravagantes trajes y tenía un bastón de duelo cruzado sobre el regazo. La habitación, iluminada por una única linterna, estaba mucho más limpia que el comedor. De los otros cuatro hombres presentes, Vin solo reconoció a uno, un aprendiz del taller de Clubs. Los dos que había junto a la puerta eran guardias, sin duda. El último hombre parecía un obrero skaa corriente, casaca ennegrecida y rostro ceniciento incluidos. Su aire de confianza, sin embargo, demostraba que era miembro de los bajos fondos. Uno de los rebeldes de Yeden, tal vez.

Brisa alzó su copa y la golpeó con la uña. El rebelde lo miró con mala cara.

—Ahora mismo te estás preguntando si estoy usando la alomancia contigo —dijo Brisa—. Tal vez sí, tal vez no. ¿Importa? Estoy aquí por invitación de tu jefe y te ordenó que te encargaras de que me sintiera cómodo. Y, te lo aseguro, una copa de vino en la mano es absolutamente necesaria para mi comodidad.

El skaa esperó un momento y luego tomó la copa y se marchó, murmurando entre dientes sobre costes estúpidos y recursos malgastados.

Brisa alzó una ceja y se volvió hacia Vin. Parecía bastante contento consigo mismo.

—¿Así que lo has empujado? —preguntó ella.

Brisa negó con la cabeza.

—Un desperdicio de latón. ¿Te contó Kelsier por qué te pidió que vinieras aquí hoy?

—Me dijo que tuviera cuidado contigo —respondió Vin, un poco molesta por haber sido entregada a Brisa—. Dijo que no tenía tiempo de entrenarme en todos los metales.

—Bien, empecemos entonces —dijo Brisa—. Primero, debes comprender que aplacar es algo más que simple alomancia. Se trata del delicado y noble arte de la manipulación.

—Noble, en efecto —dijo Vin.

—Ah, hablas como uno de ellos.

—¿Ellos?

—Todos los demás —dijo Brisa—. ¿Viste cómo me ha tratado el caballero skaa? La gente no nos aprecia, querida. La idea de que alguien pueda jugar con sus emociones, de que pueda «místicamente» obligarlos a hacer ciertas cosas los hace sentirse incómodos. De lo que no se dan cuenta, y tú debes hacerlo, es que manipular a los demás es algo que todo el mundo hace. De hecho, la manipulación está en el meollo de nuestra interacción social.

Se echó hacia atrás, alzó su bastón de duelo e hizo un leve gesto con él mientras hablaba.

—Piénsalo. ¿Qué hace un hombre cuando busca el afecto de una joven? Bueno, intenta manipularla para que lo mire con buenos ojos. ¿Qué pasa cuando dos viejos amigos se sientan a tomar una copa? Se cuentan historias, tratando de impresionarse mutuamente. La vida del ser humano es todo postura e influencia. Esto no es malo: de hecho, dependemos de ello. Estas interacciones nos enseñan a responder a los demás. —Hizo una pausa y señaló a Vin con el bastón—. La diferencia entre los aplacadores y la gente corriente es que nosotros somos conscientes de lo que hacemos. También tenemos una ligera... ventaja. Pero ¿implica de verdad mucho más

«poder» que tener una personalidad carismática o unos buenos dientes? Creo que no.

»Además, como mencionaba, un buen aplacador debe tener más dotes que su habilidad para usar la alomancia. La alomancia no te permite leer la mente ni las emociones... En cierto modo, estás tan ciego como los demás. Lanzas ráfagas emocionales dirigidas a una sola persona o a una zona y tus sujetos alterarán sus emociones... es de esperar que produciendo el efecto que deseabas. Sin embargo, los grandes aplacadores son aquellos que pueden usar con éxito sus ojos e instintos para saber cómo se siente una persona *antes* de ser manipulada.

—¿Qué importa lo que sientan? —dijo Vin, tratando de disimular su malestar—. Vas a aplacarlos de todas formas, ¿no? Así, cuando acabas, sienten lo que tú quieres que sientan.

Brisa suspiró, agitando la cabeza.

—¿Qué dirías si supieras que te he aplacado en tres ocasiones durante nuestra conversación?

Vin se envaró.

—¿Cuándo? —exigió.

—¿Importa? —preguntó Brisa—. Esta es la lección que debes aprender, querida. Si no puedes leer lo que siente alguien, nunca tendrás sutileza con la alomancia emocional. Empuja a alguien demasiado e incluso el más ciego de los skaa se dará cuenta de que está siendo manipulado de algún modo. Toca con demasiada suavidad y no producirás un efecto remarcable... otras emociones más fuertes seguirán dominando a tu sujeto. —Brisa sacudió la cabeza—. Todo se basa en comprender a la gente. Tienes que leer cómo se siente alguien, cambiar ese sentimiento dándole un

empujoncito en la dirección adecuada y luego canalizar ese nuevo estado emocional para tu ventaja. ¡Ese, querida mía, es el desafío! Es difícil, pero para aquellos que lo hacen bien...

La puerta se abrió y el hosco skaa regresó con una botella entera de vino. La depositó con una copa en la mesa, delante de Brisa, y luego se situó en el otro extremo de la habitación, junto a la mirilla que daba al comedor.

—Hay enormes recompensas —dijo Brisa con una tranquila sonrisa. Le hizo un guiño y sirvió un poco de vino.

Vin no estaba segura de qué pensar. La opinión de Brisa parecía cruel. Sin embargo, Reen la había entrenado bien. Si no tenía poder sobre eso, otros lo tendrían sobre ella. Empezó a quemar cobre, como le había enseñado Kelsier, para protegerse de nuevas manipulaciones por parte de Brisa.

La puerta volvió a abrirse y una figura familiar, ataviada con un chaleco, entró.

—Hola, Vin —dijo Ham con un gesto amistoso. Se acercó a la mesa, mirando el vino—. Brisa, sabes que la rebelión no tiene dinero para este tipo de cosas.

—Kelsier las pagará —respondió Brisa con un ademán de indiferencia—. No puedo trabajar con la garganta seca, eso es todo. ¿Cómo está la zona?

—Segura —dijo Ham—. Pero he apostado ojos de estaño en las esquinas por si acaso. Tu salida de emergencia está detrás de esa puerta de la esquina.

Brisa asintió. Ham se volvió a mirar al aprendiz de Clubs.

—¿Estás ahumando por ahí atrás, Cobble?

El muchacho asintió.

—Buen chico —dijo Ham—. Eso es todo, entonces. Ahora solo tenemos que esperar el discurso de Kell.

Brisa comprobó su reloj de bolsillo.

—Todavía faltan unos minutos. ¿Pido que alguien te traiga una copa?

—Paso —dijo Ham.

Brisa se encogió de hombros y bebió vino.

Hubo un momento de silencio. Finalmente, Ham habló.

—Entonces...

—No —interrumpió Brisa.

—Pero...

—Sea lo que sea, no queremos oírlo.

Ham miró al aplacador con mala cara.

—No puedes empujarme para que obedezca, Brisa.

Brisa puso los ojos en blanco y tomó un sorbo de vino.

—¿Qué? —preguntó Vin—. ¿Qué ibas a decir?

—No lo animes, querida —dijo Brisa.

Vin frunció el ceño. Miró a Ham, que sonrió.

Brisa suspiró.

—Dejadme fuera. No estoy de humor para uno de los absurdos debates de Ham.

—Ignóralo —dijo Ham ansiosamente, acercando su silla un poco más a Vin—. Verás, me he estado preguntando... ¿Al derrocar al Imperio Final estamos haciendo algo bueno o algo malo?

Vin se lo quedó mirando.

—¿Importa?

Ham pareció sorprendido, pero Brisa se echó a reír.

—Bien contestado —dijo el aplacador.

Ham miró a Brisa, luego se volvió hacia Vin.

—Pues claro que importa.

—Bueno, supongo que estamos haciendo algo bueno —contestó Vin—. El Imperio Final lleva siglos oprimiendo a los skaa.

—Cierto. Pero hay un problema. El lord Legislador es Dios, ¿no? Vin se encogió de hombros.

—¿Importa?

Ham se la quedó mirando.

Ella puso los ojos en blanco.

—Muy bien. El Ministerio dice que es Dios.

—La verdad es que el lord Legislador es solo un pedazo de Dios —advirtió Brisa—. Es la Lasca del Infinito... No es omnisciente ni omnipotente, sino una sección independiente de una conciencia que lo es.

Ham suspiró.

—Creía que no querías implicarte.

—Solo me aseguraba de que todo el mundo comprende los hechos —respondió Brisa.

—Pues bien —dijo Ham—, Dios es el creador de todas las cosas, ¿no? Es la fuerza que dicta las leyes del universo y, por tanto, es la fuente última de la ética. Es moralidad absoluta.

Vin parpadeó.

—¿Ves el dilema? —preguntó Ham.

—Veo a un idiota —murmuró Brisa.

—Estoy confusa. ¿Cuál es el problema?

—Nosotros decimos estar haciendo el bien —contestó Ham—. Pero el lord Legislador, como Dios, *define* lo que es el bien. Así que,

al oponernos a él, somos el mal. Pero, como él está haciendo algo malo, ¿cuenta en este caso el mal como bien?

Vin frunció el ceño.

—¿Bien? —preguntó Ham.

—Creo que me das dolor de cabeza.

—Te lo había advertido —le recordó Brisa.

Ham suspiró.

—Pero ¿no crees que merece la pena pensarlo?

—No estoy segura.

—Yo sí —dijo Brisa.

Ham sacudió la cabeza.

—Aquí a nadie le gusta tener conversaciones decentes e inteligentes.

El rebelde skaa del rincón se volvió de repente.

—¡Ha llegado Kelsier!

Ham alzó una ceja, luego se puso en pie.

—Debería ir a asegurar el perímetro. Piensa en lo que te he dicho, Vin.

—Muy bien... —dijo Vin mientras Ham se marchaba.

—Por aquí, Vin —dijo Brisa, incorporándose—. Hay mirillas en la pared para nosotros. Sé amable y acércame la silla, ¿quieres?

Brisa no miró atrás para ver si ella hacía lo que le pedía. Vin se detuvo, insegura. Con el cobre encendido, él no podía aplacarla, pero... Al final, suspiró y llevó ambas sillas hasta un extremo de la habitación. Brisa corrió una larga portezuela en la pared, revelando una vista del salón.

Varios sucios skaa estaban sentados a las mesas. Vestían casacas marrones o capas harapientas. Eran un grupo sombrío, con

la piel manchada de ceniza y aspecto vencido. Sin embargo, su presencia en la reunión significaba que estaban dispuestos a escuchar. Yeden, con su habitual ropa de obrero y el pelo rizado más corto, ocupaba una mesa en la parte delantera.

Vin había esperado una especie de entrada triunfal de Kelsier. En cambio, se limitó a salir en silencio de la cocina. Se detuvo junto a la mesa de Yeden, sonrió mientras conversaba brevemente con el hombre un momento y luego se plantó ante los obreros sentados.

Vin nunca lo había visto con ropa tan mundana. Llevaba una casaca skaa marrón y pantalones pardos, como muchos de los presentes. Sin embargo, el atuendo de Kelsier estaba limpio. El tejido no estaba manchado de hollín y, aunque era tan burdo como el que los skaa usaban normalmente, no tenía parches ni remiendos. La diferencia era bastante notable, decidió Vin: si se hubiera presentado con un traje, habría sido pasarse.

Él se puso los brazos a la espalda y poco a poco los obreros se fueron callando. Vin frunció el ceño mientras miraba y se preguntó por la habilidad que tenía Kelsier para imponer el silencio en una habitación de hombres ansiosos con tan solo plantarse ante ellos. ¿Estaba tal vez usando la alomancia? Sin embargo, incluso con su cobre encendido ella sentía una... presencia por su parte.

Cuando la habitación estuvo silenciosa, Kelsier empezó a hablar.

—Es probable que, a estas alturas, todos hayáis oído hablar de mí —dijo—. Y no estaríais aquí si al menos no sintierais cierta simpatía por mi causa.

Al lado de Vin, Brisa bebió de su copa.

—Aplacar y encender no son como las otras formas de alomancia —murmuró—. Con la mayoría de los metales, empujar o tirar tiene

efectos opuestos. Sin embargo, con las emociones, a menudo puedes producir los mismos resultados tanto si aplacas como si enciendes.

»Esto no se cumple con los estados emocionales extremos: la completa falta de emoción o la pasión absoluta. No obstante, en la mayoría de los casos, no importa qué poder uses. Las personas no son como bloques sólidos de metal: en todo momento tendrán una docena de emociones diferentes revolviéndose en su interior. Un aplacador experimentado puede apaciguarlo todo menos la emoción que quiere que sea dominante.

Brisa se volvió.

—Rudd, que entre la criada de azul, por favor.

Uno de los guardias asintió, abrió la puerta una rendija y le susurró algo al hombre que había al otro lado. Un momento después, Vin vio que una criada vestida con un ajado vestido azul empezaba a servir bebidas a los congregados.

—Mis aplacadores están mezclados con la gente —dijo Brisa, con voz distraída—. Las criadas son un aviso que indica a mis hombres qué emociones hay que retirar. Trabajarán como lo hago yo...

Se calló y se concentró mientras miraba a la multitud.

—Fatiga... —susurró—. No es una emoción necesaria ahora mismo. Hambre... distrae. Recelo... decididamente no es útil. Sí, y a medida que los aplacadores actúan los encendedores inflaman las emociones que queremos que la multitud sienta. Curiosidad... eso es lo que necesitan ahora. Sí, escuchad a Kelsier. Habéis oído leyendas e historias. Ved al hombre en persona e impresionaos.

—Sé por qué habéis venido hoy —dijo tranquilamente Kelsier. Hablaba con el descaro que Vin asociaba con él, el tono calmado

pero directo—. Doce horas al día en una fábrica, una mina o una fragua. Palizas, falta de paga, poca comida. ¿Y para qué? ¿Para que podáis volver a vuestras casuchas al final del día y encontrar otra tragedia? Un amigo muerto a manos de un capataz descuidado. Una hija convertida en el juguete de algún noble. Un hermano muerto por un lord que tenía un mal día.

—Sí —susurró Brisa—. Bien. Rojo, Rudd. Envía a la chica de rojo claro.

Otra criada entró en el salón.

—Pasión y furia —dijo Brisa, casi en un murmullo—. Pero solo un poquito. Solo un empujón... un recordatorio.

Curiosa, Vin apagó su cobre un momento y quemó bronce tratando de sentir el uso que Brisa hacía de la alomancia. No brotaba nada de él.

Por supuesto, pensó. Me olvidaba del aprendiz de Clubs: me impide sentir ningún pulso alomántico. Volvió a encender su cobre.

Kelsier continuó hablando.

—Amigos míos, no estáis solos en vuestra tragedia. Hay millones como vosotros. Y os necesitan. No he venido a suplicar: ya hemos tenido suficiente de eso en nuestras vidas. Lo único que os pido es que reflexionéis. ¿En qué deberíais invertir vuestras energías? ¿Forjando armas para el lord Legislador? ¿O en algo más valioso?

No menciona a nuestros soldados, pensó Vin. Ni siquiera lo que van a hacer aquellos que se unan a él. No quiere que los obreros conozcan los detalles. Quizá sea buena idea: los que reclute podrán ser enviados al ejército y el resto no podrá revelar ninguna información específica.

—Sabéis por qué estoy aquí —dijo Kelsier—. Conocéis a mi

amigo Yeden y lo que representa. Todos los skaa de la ciudad están enterados de la rebelión. Quizás hayáis pensado uniros a ella. La mayoría de vosotros no lo hará..., la mayoría de vosotros volverá a vuestras fábricas manchadas de hollín, a vuestras ardientes fraguas, a vuestros moribundos hogares. Lo haréis porque esta vida terrible os resulta familiar. Pero algunos de vosotros..., algunos de vosotros vendrán conmigo. Y esos hombres serán recordados en los años venideros. Recordados por haber hecho algo grandioso.

Muchos de los obreros se miraron, aunque algunos siguieron con los ojos clavados en sus cuencos de sopa medio vacíos. Finalmente, alguien situado casi al fondo de la sala tomó la palabra.

—Eres un necio —dijo el hombre—. El lord Legislador te matará. No te rebelas contra Dios en su propia ciudad.

La habitación permaneció en silencio. Tensa. Vin se irguió mientras Brisa susurraba para sí.

En la sala, Kelsier no contestó inmediatamente. Finalmente estiró los brazos y se remangó la casaca, mostrando las cicatrices.

—El lord Legislador no es nuestro Dios —dijo tranquilamente—. Y no puede matarme. Lo intentó, pero fracasó. Pues soy lo que él nunca podrá matar.

Dicho esto, Kelsier se dio la vuelta y salió de la habitación por donde había venido.

—Hummm —dijo Brisa—, bueno, ha sido un poco dramático. Rudd, trae a la roja y envía a la marrón.

Una criada vestida de marrón se mezcló con los congregados.

—Diversión —dijo Brisa—. Y, sí, orgullo. Aplacar la furia, por ahora...

La multitud permaneció tranquila un momento, el salón

extrañamente inmóvil. Finalmente, Yeden se levantó para hablar y animar un poco más, además de para explicar lo que deberían hacer los hombres si deseaban oír más. Mientras hablaba, los skaa volvieron a su comida.

—Verde, Rudd —dijo Brisa—. Hummm, sí. Hagamos que penséis todos y os daremos un empujoncito de lealtad. No queremos que nadie corra a avisar a los obligadores, ¿no? Kell ha cubierto bien sus huellas, pero cuanto menos oigan las autoridades, mejor, ¿eh? Ah, ¿y qué hay de ti, Yeden? Estás un poco demasiado nervioso. Aplaquemos eso, para borrar tus preocupaciones. Dejemos solo esa pasión tuya... Es de esperar que sea suficiente para contrarrestar el estúpido tono de tu voz.

Vin continuó mirando. Ahora que Kelsier se había ido, le resultaba más fácil concentrarse en las reacciones de la multitud y en el trabajo de Brisa. Mientras Yeden hablaba, los obreros parecieron reaccionar con precisión a las instrucciones que murmuraba Brisa. También en Yeden se notaron los efectos del aplacador: se sintió más cómodo, habló con más aplomo.

Curiosa, Vin dejó caer de nuevo su cobre. Se concentró para ver si podía sentir el toque de Brisa en sus emociones: estaría incluida en sus proyecciones alománticas generales. Él no tenía tiempo para elegir individuos, excepto tal vez a Yeden. Era muy, muy difícil sentirlo. Sin embargo, mientras Brisa murmuraba para sí, ella empezó a notar exactamente las emociones que él describía. No pudo dejar de sentirse impresionada. Las pocas veces que Kelsier había usado la alomancia en sus emociones, su contacto había sido como un repentino puñetazo en la cara. Tenía fuerza, pero muy poca sutileza.

El contacto de Brisa era increíblemente delicado. Aplacaba ciertas emociones, reduciéndolas, mientras dejaba otras intactas. A Vin le pareció notar a sus hombres encendiendo también sus emociones, pero esos contactos no eran tan sutiles como el de Brisa. Dejó apagado su cobre, buscando toques emocionales mientras Yeden continuaba su discurso y explicaba que los hombres que se unieran a ellos tendrían que dejar familia y amigos por un tiempo, hasta un año, pero serían bien alimentados durante ese periodo.

Vin sintió que su respeto por Brisa continuaba aumentando. De repente ya no estaba tan molesta con Kelsier por librarse de ella. Brisa solo podía hacer una cosa, pero obviamente tenía mucha práctica. Kelsier, como nacido de la bruma, había tenido que aprender todas las habilidades alománticas; era lógico que no estuviera tan concentrado en ningún poder concreto.

Tengo que asegurarme de que me envíe a aprender de los otros, pensó Vin. *Serán maestros de sus propios poderes.*

Vin volvió su atención hacia el comedor mientras Yeden concluía su exhortación.

—Habéis oído a Kelsier, el Superviviente de Hathsins —dijo—. Los rumores sobre él son ciertos: ¡ha renunciado a su oficio de ladrón y dedicado su atención a trabajar para la rebelión skaa! Nos estamos preparando para algo grande. Algo que puede, en efecto, poner fin a nuestra lucha con el imperio. Uníos a nosotros. Uníos a vuestros hermanos. ¡Uníos al Superviviente!

El comedor permaneció en silencio.

—Rojo brillante —dijo Brisa—. Quiero que esos hombres se marchen sintiéndose apasionados por lo que han oído.

—Las emociones se consumirán, ¿no? —preguntó Vin mientras

una criada vestida de rojo se acercaba al grupo.

—Sí —contestó Brisa, acomodándose en su asiento y cerrando el panel—. Pero quedan los recuerdos. Si la gente asocia una emoción fuerte con un hecho, lo recuerda mejor.

Unos momentos después, Ham entró por la puerta trasera.

—Ha salido bien. Los hombres se marchan fortalecidos y varios de ellos se quedan rezagados. Tendremos un buen puñado de voluntarios que enviar a las cuevas.

Brisa sacudió la cabeza.

—No es suficiente. Dox necesita unos cuantos días para organizar cada una de estas reuniones y solo conseguimos unos veinte hombres cada vez. A este ritmo, nunca conseguiremos diez mil a tiempo.

—¿Crees que necesitamos más reuniones? —preguntó Ham—. Va a ser difícil... Debemos tener mucho cuidado con estas cosas y por eso solo se invita a aquellos en los que se puede confiar razonablemente.

Brisa permaneció sentado un momento. Finalmente, apuró el resto de su vino.

—No sé... Pero tendremos que pensar en algo. Por ahora, volvamos al taller. Creo que Kelsier quiere celebrar una reunión para evaluar este encuentro de hoy.

Kelsier miraba hacia el oeste. El sol de la tarde, de un rojo letal, brillaba implacable desde un cielo de humo. Kelsier podía ver la silueta recortada de una oscura cima. Tyrian, el más cercano de los Montes de Ceniza.

Se encontraba en lo alto del terrado del taller de Clubs, escuchando a los obreros regresar a casa. Un terrado obligaba a limpiar la ceniza de vez en cuando, por eso la mayoría de los edificios skaa tenía tejado a dos aguas. Pero, en opinión de Kelsier, por la vista merecía la pena el esfuerzo.

En la calle, los obreros skaa caminaban en filas cansadas, levantando a su paso una pequeña nube de ceniza. Kelsier se volvió hacia el norte... hacia los Pozos de Hathsin.

¿Adónde va?, pensó. El atium llega a la ciudad, pero luego desaparece. No está en el Ministerio, los hemos vigilado, y ninguna mano skaa toca el metal. Suponemos que va al Tesoro. Esperamos que así sea, al menos.

Mientras quemaba atium, un nacido de la bruma era virtualmente imparable, y en parte por eso era tan valioso. Pero su plan se centraba en algo más que en riquezas. Sabía cuánto atium se sacaba de los pozos y Dockson había investigado las cantidades que el lord Legislador vendía, a precios exorbitantes, a la nobleza. Apenas un diez por ciento de lo que se extraía acababa en manos de los nobles.

El noventa por ciento del atium producido en el mundo había sido acumulado, año tras año, durante mil años. Con tanto metal, el equipo de Kelsier podría intimidar incluso a las más poderosas de las casas nobles. El plan de Yeden para dominar el palacio podía parecer descabellado a muchos..., de hecho, estaba condenado al fracaso. Sin embargo, Kelsier tenía otros planes...

Contempló la barrita blancuzca que tenía en las manos. El Undécimo metal. Conocía los rumores sobre él: los había propiciado. Ya solo tenía que hacerlos valer.

Suspiró y se volvió hacia el este, hacia Kredik Shaw, el palacio del lord Legislador. «La Colina de las Mil Torres», un nombre adecuado, ya que el palacio imperial parecía una masa de enormes lanzas negras clavadas en el suelo. Algunas de las torres se retorcían, otras eran rectas. Algunas torres eran gruesas, otras finas como agujas. Variaban en altura, pero todas eran elevadas, acabadas en punta.

Kredik Shaw. Ahí era donde todo había terminado tres años antes. Y necesitaba regresar.

La trampilla se abrió y una figura salió al tejado. Kelsier se volvió alzando una ceja mientras Sazed se sacudía la túnica y luego se le acercaba con su característico paso respetuoso. Incluso un terrisano rebelde mantenía las formas.

—Maese Kelsier —dijo, inclinando la cabeza.

Kelsier asintió y Sazed se colocó a su lado para contemplar el palacio imperial.

—Ah —dijo para sí, como si comprendiera los pensamientos de Kelsier.

Kelsier sonrió. Sazed había sido un valioso hallazgo, desde luego. Los guardadores eran un grupo necesariamente secreto, pues el lord Legislador los había cazado prácticamente desde el mismísimo Día de la Ascensión. Algunas leyendas decían que el sometimiento absoluto del pueblo de Terris al Legislador (incluidos los programas de reproducción y adoctrinamiento) no era más que la consecuencia del odio que profesaba a los guardadores.

—Me pregunto qué pensaría si supiera que hay un guardador en Luthadel —dijo Kelsier—, a tan corta distancia del palacio.

—Esperemos que no lo descubra nunca, maese Kelsier.

—Aprecio tu disposición para venir a la ciudad, Sazed. Sé que es un riesgo.

—Es un buen trabajo —dijo Sazed—. Y este plan es peligroso para todos los implicados. De hecho, para mí vivir ya es peligroso. No es conveniente para la salud pertenecer a una secta que el propio lord Legislador teme.

—¿Temor por su parte? —preguntó Kelsier volviéndose para mirar a Sazed. A pesar de su altura por encima de la media, el terrisano seguía sacándole una cabeza—. No estoy seguro de que tema a nada, Sazed.

—Teme a los guardadores. De forma definida e inexplicable. Tal vez sea a causa de nuestros poderes. No somos alománticos, sino... otra cosa. Algo desconocido para él.

Kelsier asintió, volviéndose hacia la ciudad. Tenía tantos planes, tanto trabajo que hacer... y en el meollo de todo estaban los skaa. Los pobres, humildes, derrotados skaa.

—Háblame de otra secta, Sazed —dijo Kelsier—, que tenga poder.

—¿Poder? —preguntó Sazed—. Eso es un término relativo cuando se aplica a la religión, creo. Tal vez te guste oír hablar del jaísmo. Sus seguidores eran bastante fieles y devotos.

—Háblame de ellos.

—El jaísmo fue fundado por un solo hombre. Su verdadero nombre se ha perdido, aunque sus seguidores lo llaman el Ja, a secas. Fue asesinado por un rey local por predicar la discordia (algo en lo que al parecer era muy bueno), pero con eso solo aumentó el número de sus seguidores.

»Los jaístas creían que la felicidad era directamente proporcional

a su devoción, y eran conocidos por sus frecuentes y fervientes profesiones de fe. Al parecer, hablar con un jaísta podía ser frustrante, ya que tendían a terminar casi todas sus frases con “alabado sea el Ja”.

—Eso está bien, Sazed —dijo Kelsier—. Pero el poder es algo más que palabras.

—Sí, desde luego —reconoció Sazed—. Los jaístas eran fuertes en su fe. Las leyendas dicen que el Ministerio tuvo que eliminarlos por completo, ya que ninguno aceptó al lord Legislador como Dios. No duraron mucho después de la Ascensión, pero solo porque eran tan descarados que fue fácil perseguirlos y matarlos.

Kelsier asintió y luego sonrió, mirando a Sazed.

—No me has preguntado si quería convertirme.

—Mis disculpas, maese Kelsier, pero esa religión no te conviene, creo. Su grado de exhibicionismo podría resultarte atractivo, pero la doctrina te parecería simplista.

—Estás llegando a conocerme demasiado bien —dijo Kelsier, contemplando la ciudad—. Al final, después de que reinos y ejércitos cayeran, las religiones siguieron luchando, ¿no?

—En efecto. Algunas de las religiones más resistentes duraron hasta bien avanzado el siglo quinto.

—¿Qué las hacía tan fuertes? —preguntó Kelsier—. ¿Cómo lo hicieron, Sazed? ¿Qué daba a esas doctrinas tanto poder sobre la gente?

—No una sola cosa, creo. Algunas debían su fuerza a la fe sincera, otras, a la esperanza que prometían. Otras eran coercitivas.

—Pero todas tenían pasión.

—Sí, maese Kelsier —asintió Sazed—. Es cierto.

—Es lo que hemos perdido —dijo Kelsier, contemplando la ciudad de cientos de miles de habitantes de los cuales apenas un puñado se atrevía a luchar—. No tienen fe en el lord Legislador, tan solo lo temen. No tienen nada más en lo que creer.

—¿En qué crees tú, si puedo preguntarlo, maese Kelsier?

Kelsier alzó una ceja.

—Todavía no estoy seguro del todo —admitió—. Pero derrocar al Imperio Final parece un buen principio. ¿Hay alguna religión en tu lista que incluya la matanza de nobles como deber sagrado?

Sazed frunció el ceño, desaprobando sus palabras.

—No lo creo, maese Kelsier.

—Tal vez debería buscar una —dijo Kelsier con una sonrisita—. Bien, ¿han regresado ya Brisa y Vin?

—Acababan de llegar cuando yo subía.

—Bueno —dijo Kelsier, asintiendo—. Diles que bajo dentro de un momento.

Vin estaba sentada en su sillón tapizado, en la sala de reuniones, con las piernas dobladas, tratando de estudiar a Marsh con el rabillo del ojo.

Se parecía mucho a Kelsier. Era solo... severo. No estaba furioso ni era cascarrabias como Clubs. Pero no era feliz. Estaba sentado en su sillón, con una expresión indescifrable.

Todos los otros habían llegado ya, menos Kelsier, y charlaban tranquilamente entre ellos. Vin vio que Lestibournes la estaba mirando y lo saludó. El jovencito se acercó y se sentó junto a su sillón.

—Marsh —susurró Vin entre el murmullo general de la sala—. ¿Eso es un mote?

—Es más bien en el deseo de sus opás.

Vin hizo una pausa, tratando de descifrar el dialecto oriental del chico.

—¿No es un mote, entonces?

Lestibournes negó con la cabeza.

—Pero en tenía uno y tó.

—¿Cuál era?

—Ojos de Hierro. Los demás en dejaron de usarlo. Demasiao paresío a un hierro en los ojos de verdá, ¿no? Inquisidor.

Vin miró de nuevo a Marsh. Su expresión era dura, sus ojos firmes, casi como si estuvieran hechos de hierro. Entendía por qué la gente había dejado de usar su mote: la simple alusión a un inquisidor de acero la hacía temblar.

—Gracias.

Lestibournes sonrió. Era un muchacho servicial. Extraño, intenso y algo nervioso... pero servicial. Se retiró a su banco cuando Kelsier llegó por fin.

—Muy bien, gente —dijo—. ¿Qué tenemos?

—¿Además de la mala noticia? —preguntó Brisa.

—Oigámosla.

—Han pasado doce semanas y hemos reunido menos de dos mil hombres —anunció Ham—. Incluso sumados a los que ya tiene la rebelión, andamos escasos.

—¿Dox? —inquirió Kelsier—. ¿Podemos celebrar más encuentros?

—A lo mejor —dijo Dockson, desde su asiento detrás de una mesa repleta de libros.

—¿Estás seguro de que quieres correr ese riesgo, Kelsier? —

preguntó Yeden. Su actitud había mejorado en las últimas semanas... sobre todo desde que los reclutas de Kelsier habían empezado a aumentar. Como Reen decía siempre, los resultados hacen amigos rápidos—. Ya corremos peligro —continuó Yeden—. Corren rumores por los bajos fondos. Si seguimos causando revuelo, el Ministerio se dará cuenta de que se cuece algo importante.

—Quizá no le falte razón, Kell —dijo Dockson—. Además, hay un número limitado de skaa dispuestos a escuchar. Luthadel es grande, sí, pero nuestro movimiento aquí es limitado.

—Muy bien. Entonces empezaremos a trabajar en otras ciudades de la zona. Brisa, ¿puedes dividir tu equipo en dos grupos efectivos?

—Supongo que sí —dijo Brisa, vacilante.

—Podemos hacer que un equipo trabaje en Luthadel y el otro en las ciudades cercanas. Creo que estaré en condiciones de asistir a todas las reuniones, suponiendo que las organicemos de modo que no se celebren al mismo tiempo.

—Tantas reuniones nos expondrán aún más —dijo Yeden.

—Y eso, por cierto, nos causa otro problema —dijo Ham—. ¿No se suponía que íbamos a trabajar para infiltrarnos en las filas del Ministerio?

—¿Bien? —preguntó Kelsier, volviéndose hacia Marsh.

Marsh negó con la cabeza.

—El Ministerio es hermético... necesito más tiempo.

—No va a poder ser —gruñó Clubs—. La rebelión lo ha intentado ya.

Yeden asintió.

—Hemos intentado colocar espías en los Ministerios Internos una docena de veces. Es imposible.

Todos guardaron silencio.

—Tengo una idea —dijo Vin en voz baja.

Kelsier alzó una ceja.

—Camon estaba preparando un golpe antes de que me reclutarais —dijo ella—. La verdad es que fue el golpe que hizo que los obligadores nos localizaran. El núcleo de ese plan lo organizó otro ladrón, un jefe de bandas llamado Theron. Preparaba un falso convoy por el canal para llevar fondos del Ministerio a Luthadel.

—¿Y? —preguntó Brisa.

—En esos mismos barcos llegaban nuevos acólitos del Ministerio a Luthadel para acabar su adoctrinamiento. Theron tiene un contacto en la ruta, un obligador menor que acepta sobornos. Tal vez podamos conseguir que añada un «acólito» al grupo de su capítulo local.

Kelsier asintió, pensativo.

—Merece la pena echarle un vistazo.

Dockson escribió algo en una hoja de papel con su pluma.

—Me pondré en contacto con Theron y veré si su información es viable todavía.

—¿Cómo van nuestros recursos? —preguntó Kelsier.

Dockson se encogió de hombros.

—Ham encontró dos instructores que habían sido soldados. Las armas, sin embargo... Bueno, Renoux y yo estamos entablando contactos y llegando a acuerdos, pero no podemos movernos muy rápidamente. Por fortuna, cuando lleguen las armas lo harán todas de golpe.

Kelsier asintió.

—¿Eso es todo?

Brisa se aclaró la garganta.

—Yo... he oído un montón de rumores en las calles, Kelsier. La gente está hablando de ese Undécimo metal tuyo.

—Bien.

—¿No te preocupa que el lord Legislador se entere? Si está sobre aviso, será mucho más difícil... combatirlo.

No ha dicho «matarlo», pensó Vin. No creen que Kelsier pueda lograrlo.

Kelsier se limitó a sonreír.

—No te preocupes por el lord Legislador... Tengo las cosas bajo control. De hecho, pretendo hacerle una visita personal en los próximos días.

—¿Una visita? —preguntó Yeden, incómodo—. ¿Vas a visitar al lord Legislador? ¿Estás lo...? —Yeden guardó silencio y miró al resto de los presentes—. Cierto. Lo olvidaba.

—Ya se está enterando —comentó Dockson.

Sonaron pasos en el pasillo y uno de los guardias de Ham entró un momento más tarde. Se acercó al asiento de Ham y susurró un breve mensaje.

Ham frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó Kelsier.

—Un incidente.

—¿Incidente? —preguntó Dockson—. ¿Qué clase de incidente?

—¿Sabéis la guarida donde nos reunimos hace unas cuantas semanas? ¿Donde Kell presentó por primera vez su plan?

El cubil de Camon, pensó Vin, aprensiva.

—Bueno —dijo Ham—, al parecer, el Ministerio la ha encontrado.

Parece que Rashek representa a una facción creciente en la cultura de Terris. Gran número de jóvenes piensa que sus inusitados poderes deberían ser usados para algo más que trabajar en el campo, engendrar hijos y tallar piedras. Son rudos, incluso violentos, muy distintos a los tranquilos y razonables filósofos y hombres santos de Terris que he conocido.

Tendrán que ser vigilados con cuidado, estos terrisanos. Podrían ser muy peligrosos, si se les da ocasión y motivo.

11



Kelsier se detuvo en la puerta, tapándole la vista a Vin. Ella intentó ponerse de puntillas para ver la guarida, pero había demasiada gente en medio. Solo vio que la puerta colgaba torcida, astillada, arrancada del gozne superior.

Kelsier permaneció quieto un instante. Por fin se volvió a mirarlos a ella y a Dockson.

—Ham tiene razón, Vin. Tal vez no quieras ver esto.

Vin se quedó donde estaba, mirándolo con decisión. Finalmente, Kelsier suspiró y entró en la sala. Dockson lo siguió y Vin vio entonces qué habían estado tapándole.

El suelo estaba sembrado de cadáveres cuyos miembros torcidos asomaban entre sombras acechantes a la luz de la solitaria linterna de Dockson. Todavía no estaban putrefactos (el ataque había sido esa misma mañana), pero había un leve olor a muerte en la sala. El hedor de la sangre secándose lentamente, el hedor de la miseria y el terror.

Vin se quedó en la puerta. Había visto la muerte: la había visto a menudo, en las calles. Apuñalamientos en los callejones. Palizas en los cubiles. Niños muertos de hambre. Una vez había visto cómo un lord molesto le rompía de un revés el cuello a una anciana. El cuerpo permaneció tirado en la calle durante tres días antes de que una cuadrilla de skaa lo retirara por fin.

Sin embargo, ninguno de aquellos incidentes tenía el mismo aire de carnicería intencionada que veía en la guarida de Camon. Esos hombres no habían sido asesinados sin más: los habían descuartizado. Los miembros estaban separados de los torsos. Sillas rotas y mesas empalaban los pechos. Solo había unas pocas zonas del suelo que no estuvieran cubiertas de sangre oscura y pegajosa.

Kelsier la miró, esperando algún tipo de reacción. Ella siguió contemplando los muertos, sintiéndose... aturdida. ¿Cuál sería su reacción? Aquellos eran los hombres que la habían maltratado, golpeado, que le habían robado. Y, sin embargo, eran también los hombres que la habían acogido, la habían aceptado, le habían dado de comer cuando podrían haberse limitado a entregarla a los proxenetas.

Reen la habría reprendido por la traicionera tristeza que sintió al ver aquello, lo más probable. Naturalmente, él siempre se enfadaba con ella cuando, de niña, lloraba al abandonar una ciudad u otra porque no quería dejar a la gente a quien se había acostumbrado, no importaba lo cruel o indiferente que fuera. Al parecer, no había superado esa debilidad. Entró en la habitación sin derramar ni una sola lágrima por esos hombres y, al mismo tiempo, deseando que no hubieran tenido ese final.

Además, la masacre en sí era perturbadora. Trató de obligarse a mantener una expresión impasible delante de los demás, pero tuvo que apretar los dientes en ocasiones y apartar la mirada de los cadáveres destrozados. Los autores del ataque habían sido... concienzudos.

Resulta exagerado, incluso para el Ministerio, pensó. *¿Qué clase de persona haría algo así?*

—Inquisidores —dijo Dockson en voz baja, arrodillándose junto a un cadáver.

Kelsier asintió. Tras Vin, Sazed entró en la sala, cuidando de no mancharse la túnica de sangre. Vin se volvió hacia el terrisano, dejando que su acción la distrajera de un cadáver particularmente horrible. Kelsier era un nacido de la bruma y Dockson se suponía que era un guerrero capaz. Ham y sus hombres estaban asegurando la zona. Sin embargo, otros (Brisa, Yeden y Clubs) se habían quedado atrás. Kelsier incluso se había opuesto al deseo de Vin de ir allí. Sin embargo, había dejado que Sazed los acompañara sin vacilación aparente. La decisión, sutil como era, hizo que Vin mirara al mayordomo con nueva curiosidad. ¿Por qué era demasiado peligroso para los brumosos pero seguro para un mayordomo terrisano? ¿Era Sazed un guerrero? ¿Cómo había aprendido a luchar? Se suponía que los terrisanos eran criados desde el nacimiento por formadores muy cuidadosos.

El suave paso de Sazed y su rostro tranquilo le ofrecieron pocas dudas. Sin embargo, no parecía escandalizado por la masacre.

Interesante, pensó Vin, abriéndose paso entre los muebles rotos, cuidando de no pisar los charcos de sangre, para llegar al lado de Kelsier. Él se agachó junto a un par de cadáveres. Uno, advirtió Vin

en un momento de aturdimiento, era Ulef. El rostro del muchacho estaba desencajado y la parte delantera de su pecho era una masa de huesos rotos y carne desgarrada: como si alguien le hubiera arrancado la caja torácica con las manos. Vin se estremeció y apartó la mirada.

—Hay algo que no encaja —dijo Kelsier en voz baja—. Los inquisidores de acero no suelen molestarse con simples bandas de ladrones. Lo normal habría sido que los obligadores hubiesen venido con los soldados y apresado a todo el mundo, y que luego los hubiesen utilizado para dar un buen escarmiento un día de ejecución. Un inquisidor solo se implicaría si tuviera un interés especial en la banda.

—¿Crees...? —dijo Vin—. ¿Crees que podría ser el mismo de antes?

Kelsier asintió.

—Solo hay unos veinte inquisidores de acero en todo el Imperio Final y la mitad están siempre fuera de Luthadel. Me parece demasiada coincidencia que llamaras la atención de uno, escaparas y luego atacaran tu antigua guarida.

Vin se obligó a mirar el cadáver de Ulef y a enfrentarse a su pena. Él la había traicionado al final, pero durante una época casi fue un amigo.

—¿Entonces el inquisidor sigue todavía mi rastro?

Kelsier asintió y se puso en pie.

—Entonces es culpa mía —dijo Vin—. Ulef y los demás...

—Fue culpa de Camon —respondió Kelsier con firmeza—. Él es quien intentó engañar a un inquisidor. —Hizo una pausa y luego la miró—. ¿Estarás bien?

Vin dejó de mirar el cadáver destrozado de Ulef, tratando de parecer fuerte. Se encogió de hombros.

—Ninguno era amigo mío.

—Eso es un poco frío, Vin.

—Lo sé —asintió ella.

Kelsier la observó un instante y luego cruzó la habitación para hablar con Dockson.

Vin volvió a mirar las heridas de Ulef. Parecían obra de un animal enloquecido, no de un hombre.

El inquisidor debe de haber tenido ayuda, se dijo. Es imposible que una sola persona, aunque sea un inquisidor, haya hecho esto. Había un puñado de cadáveres amontonados junto a la salida de emergencia, pero un rápido recuento le indicó que la mayoría de la banda, si no toda entera, había sido eliminada. Un hombre no podía haberse encargado de todos ellos con suficiente rapidez... ¿O sí?

Hay un montón de cosas que no sabemos de los inquisidores, le había dicho Kelsier. *No siguen las reglas normales.*

Vin volvió a estremecerse.

Sonaron pasos en las escaleras y Vin se envaró, preparándose para echar a correr.

La figura familiar de Ham apareció en la escalera.

—La zona es segura —dijo, alzando una segunda linterna—. No hay rastro de obligadores ni de hombres de la Guarnición.

—Es su estilo —dijo Kelsier—. Quieren que la masacre sea descubierta... Han dejado los muertos como mensaje.

La habitación quedó en silencio a excepción de los murmullos de Sazed, que estaba de pie al fondo. Vin se le acercó y escuchó la

rítmica cadencia de su voz. Al cabo de un rato, dejó de hablar, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—¿Qué era eso? —preguntó Vin cuando volvió a alzar la cabeza.

—Una oración. Un canto fúnebre de los cazzi. Pretende despertar a los espíritus de los muertos y liberarlos de su carne para que puedan regresar a la montaña de las almas. —Sazed la miró—. Puedo enseñarte esa religión, si lo deseas, señora. Los cazzi fueron un pueblo interesante..., muy familiarizado con la muerte.

Vin negó con la cabeza.

—Ahora mismo no. Has dicho su oración... ¿Es esta la religión en la que crees, entonces?

—Creo en todas.

Vin frunció el ceño.

—¿Ninguna se contradice con las demás?

Sazed sonrió.

—Sí, claro, a menudo. Pero yo respeto las verdades que esconden todas... y creo en la necesidad de que cada una de ellas sea recordada.

—Entonces, ¿cómo has decidido la oración de qué religión usar?

—Me ha parecido... apropiada —dijo Sazed tranquilamente, contemplando la escena de muerte.

—Kell —llamó Dockson desde el fondo de la habitación—. Ven a ver esto.

Kelsier se reunió con él y lo mismo hizo Vin. Dockson estaba de pie junto al largo pasillo que servía de dormitorio a la banda. Vin asomó la cabeza, esperando encontrar una escena similar a la de la sala. En cambio, había solo un cadáver atado a una silla. A la débil luz apenas pudo distinguir que le habían sacado los ojos.

Kelsier permaneció en silencio un momento.

—Es el hombre que puse al mando.

—Milev —asintió Vin—. ¿Qué pasa con él?

—Lo han matado lentamente —dijo Kelsier—. Mira la cantidad de sangre en el suelo, la forma en que sus extremidades están retorcidas. Tuvo tiempo de gritar y debatirse.

—Tortura —certificó Dockson.

Vin sintió un escalofrío. Miró a Kelsier.

—¿Debemos cambiar de base? —preguntó Ham.

Kelsier negó lentamente con la cabeza.

—Cuando Clubs vino a esta guarida llevaría disfraz al entrar y al salir, ocultando su cojera. Es su trabajo como ahumador asegurarse de que no se le pueda encontrar con tan solo preguntar en la esquina. Ninguno de los miembros de esta banda podría habernos traicionado..., deberíamos estar a salvo todavía.

Nadie dijo lo que era obvio: *El inquisidor no debería haber podido encontrar esa guarida tampoco.*

Kelsier volvió a la habitación principal, llevó a Dockson aparte y le habló en voz baja. Vin se acercó, tratando de oír lo que decían, pero Sazed le colocó una mano en el hombro.

—Dama Vin —desaprobó—, si maese Kelsier quisiera que oyéramos lo que está diciendo, ¿no hablaría en voz alta?

Vin dirigió al terrisano una mirada de furia. Luego buscó en su interior y quemó estaño.

El súbito hedor de la sangre casi la ahogó. Pudo oír la respiración de Sazed. La habitación ya no estaba oscura; de hecho, la intensa luz de las dos linternas le lastimó los ojos. Fue consciente del aire rancio y estancado.

Y pudo oír, claramente, la voz de Dockson.

—... fui a comprobarlo un par de veces, como pediste. Lo encontrarás tres calles al oeste de la Encrucijada Cuatropozos.

Kelsier asintió.

—Ham —dijo en voz alta.

Vin dio un respingo. Sazed la miró con severidad.

Sabe algo de alomancia, pensó Vin, leyendo la expresión del hombre. *Ha deducido lo que estaba haciendo*.

—¿Sí, Kell? —preguntó Ham, asomándose desde la habitación del fondo.

—Lleva a los demás de vuelta al taller. Y tened cuidado.

—Por supuesto —prometió Ham.

Vin miró a Kelsier, luego permitió a regañadientes que Sazed y Dockson se la llevaran de la guarida.

Tendría que haber tomado el carruaje, pensó Kelsier, frustrado por su lento ritmo. *Los otros podrían haber vuelto caminando de la guarida de Camon*.

Ansiaba quemar acero y ponerse a saltar hacia su destino. Por desgracia, era muy difícil no llamar la atención cuando volabas sobre la ciudad a plena luz del día.

Kelsier se ajustó el sombrero y continuó caminando. Un noble a pie no era extraño, sobre todo en el distrito comercial, donde los skaa más afortunados y los nobles con menos fortuna se mezclaban en las calles... aunque cada grupo hacía lo posible por ignorar al otro.

Paciencia. La velocidad no importa. Si saben de su existencia, ya

está muerto.

Kelsier entró en una gran plaza. Había cuatro pozos en sus esquinas y una enorme fuente de cobre (su superficie verde resquebrajada y ennegrecida por el hollín) dominaba el centro de la plaza. La estatua representaba al lord Legislador, de pie, dramáticamente ataviado con capa y armadura, y una figura enorme de la Profundidad muerta en el agua a sus pies.

Kelsier dejó atrás la fuente de aguas sucias por la reciente lluvia de ceniza. A los lados de la calle suplicaban mendigos skaa y sus penosas voces marcaban un fino equilibrio entre lo audible y lo molesto. El lord Legislador apenas los toleraba; solo los skaa severamente desfigurados podían dedicarse a mendigar. Su penosa vida, sin embargo, no era algo que envidiaran ni siquiera los skaa de las plantaciones.

Kelsier les arrojó unas pocas monedas, sin preocuparle que eso le hiciera destacar, y continuó caminando. Cuando rebasó esas calles, encontró un cruce mucho más pequeño. También estaba lleno de mendigos, pero no había ninguna bella fuente en el centro de la intersección ni en las esquinas pozos para atraer el tráfico.

Allí los mendigos eran aún más patéticos: lamentables individuos demasiado maltrechos para luchar por un sitio en una plaza importante. Niños desnutridos y adultos envejecidos llamaban con voces llenas de aprensión; hombres sin uno o dos miembros yacían acurrucados en las esquinas, sus cuerpos manchados de hollín casi invisibles en las sombras.

Kelsier echó mano por instinto a su monedero. *Sigue adelante*, se dijo. *No puedes salvarlos a todos, no con monedas. Ya habrá tiempo para ellos cuando el Imperio Final haya desaparecido.*

Ignorando los penosos gritos, que se hicieron más fuertes cuando los mendigos se dieron cuenta de que los estaba mirando, Kelsier estudió sus rostros. Solo había visto a Camon brevemente, pero pensaba que sería capaz de reconocerlo. Sin embargo, ninguno de los rostros parecía el suyo y ningún mendigo era grueso como Camon, que, a pesar de las semanas de hambre, aún tendría que estar gordo.

No está aquí, pensó Kelsier con insatisfacción. La orden que le había dado a Miled, el nuevo jefe de la banda, de convertir a Camon en mendigo, había sido ejecutada. Dockson lo había comprobado.

La ausencia de Camon de la plaza quizá solo significara que había conseguido un sitio mejor. También podía significar que el Ministerio lo había encontrado. Kelsier se detuvo un instante, escuchando los tristes gemidos de los mendigos. Unos cuantos copos de ceniza empezaron a caer del cielo.

Algo iba mal. No había mendigos en la esquina norte de la intersección. Kelsier quemó estaño y olió sangre en el aire.

Se quitó los zapatos y se soltó el cinturón. A continuación, soltó el cierre de su capa y la hermosa prenda cayó al suelo. Una vez hecho eso, el único metal que quedó sobre su cuerpo fue su bolsa de monedas. Tomó unas cuantas y avanzó con cuidado, dejando su ropa a los mendigos.

El olor de la muerte se intensificó, pero no oyó más que la carrera de los mendigos tras él. Se dirigió a la calle norte y advirtió de inmediato un estrecho callejón a su izquierda. Tras tomar aire, avivó peltre y se metió en él.

El fino y oscuro callejón estaba cubierto de basura y ceniza. Nadie le esperaba... Al menos, nadie vivo.

Camon, bandido convertido en mendigo, colgaba de una cuerda atada en lo alto. Su cuerpo giraba lentamente con la brisa y la ceniza caía a su alrededor. No lo habían colgado de la manera convencional: la cuerda estaba atada a un gancho y este hundido en su garganta. El extremo ensangrentado del gancho le salía por debajo de la barbilla. Colgaba con la cabeza echada hacia atrás, con la cuerda saliéndole por la boca. Tenía las manos atadas y su cuerpo aún grueso mostraba signos de tortura.

Mala cosa.

Un pie rozó el empedrado tras él y Kelsier se giró, avivando acero y desparramando un puñado de monedas.

Con un gritito, una figura pequeña se echó al suelo desviando las monedas mientras quemaba acero.

—¿Vin? —dijo Kelsier. Maldijo, tendió la mano y la atrajo hacia el callejón. Se asomó y vio que los mendigos alzaban la cabeza al oír las monedas caer el suelo—. ¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber, dándose la vuelta. Vin llevaba el mismo mono marrón y la camisa gris de antes, aunque al menos había tenido el buen sentido de echarse encima una capa corriente con la capucha puesta.

—Quería ver lo que hacías —dijo ella, retrocediendo levemente ante su furia.

—¡Esto podría haber sido peligroso! ¿En qué estabas pensando? Vin retrocedió un poco más.

Kelsier se calmó. *No puedes echarle la culpa por ser curiosa*, pensó mientras unos cuantos mendigos más valientes se colaban en el callejón en busca de las monedas. *Es solo...*

Kelsier se detuvo. Era tan sutil que casi se le pasó. Vin estaba aplacando sus emociones.

La miró. La chica estaba tratando de hacerse invisible contra la esquina. Parecía muy tímida. Sin embargo, captó un oculto brillo de determinación en sus ojos. Había convertido en un arte la capacidad de parecer inofensiva. *¡Qué sutil!*, pensó Kelsier. *¿Cómo habrá llegado a ser tan buena así de rápido?*

—No tienes que usar la alomancia, Vin —dijo en voz baja—. No voy a hacerte daño. Lo sabes.

Ella se ruborizó.

—No lo pretendía... Ha sido por costumbre.

—No pasa nada —dijo Kelsier, colocando una mano en su hombro—. Pero recuerda: no importa lo que diga Brisa, no está bien controlar las emociones de tus amigos. Además, los nobles consideran un insulto usar la alomancia en ambientes formales. Esos reflejos te meterán en un lío si no aprendes a controlarlos.

Ella asintió y se puso en pie para estudiar a Camon. Kelsier esperaba que se diera la vuelta, asqueada, pero se quedó allí de pie con una expresión de sombría satisfacción en el rostro.

No, no es nada débil, pensó Kelsier. *No importa lo que te haya hecho creer.*

—¿Lo han torturado aquí? ¿Al aire libre?

Kelsier asintió, imaginando los gritos reverberar hasta los incómodos mendigos. Al Ministerio le gustaba que sus castigos no pasaran en absoluto desapercibidos.

—¿Por qué el gancho?

—Es una muerte ritual reservada para los pecadores más terribles: gente que hace mal uso de la alomancia.

Vin frunció el ceño.

—¿Camon era alomántico?

Kelsier negó con la cabeza.

—Debió de admitir algo horrible durante su tortura. —Kelsier miró a Vin—. Debía de saber que tú lo eras, Vin. Te utilizó intencionadamente.

Ella palideció un poco.

—Entonces... ¿el Ministerio sabe que soy una nacida de la bruma?

—Tal vez. Depende de si Camon lo sabía o no. Puede que haya supuesto que eras una brumosa.

Ella guardó silencio un instante.

—¿Qué implica esto para mi parte en el trabajo, entonces?

—Continuaremos según lo planeado —dijo Kelsier—. Solo un par de obligadores te vieron en el edificio del Cantón y haría falta alguien muy especial para relacionar a la criada skaa con la noble bien vestida.

—¿Y el inquisidor? —preguntó Vin en voz baja.

Para eso, Kelsier no tenía respuesta.

—Vamos —dijo finalmente—. Ya hemos llamado demasiado la atención.

¿Cómo sería si todas las naciones, desde las islas al sur hasta las montañas de Terris al norte, estuvieran unidas bajo un solo gobierno? ¿Qué maravillas podrían conseguirse, qué progreso podría lograrse si la humanidad renunciara permanentemente a sus disputas y se uniera?

Supongo que es demasiado esperar. ¿Un único imperio humano, unificado? Nunca sucederá.

12



Vin resistió las ganas de tirar de su vestido de noble. Incluso después de media semana de verse obligada a llevar uno (sugerencia de Sazed), el pesado atuendo le resultaba incómodo. Le apretaba en la cintura y el pecho, y luego caía al suelo en varias capas de tejido rizado que entorpecía el andar. Seguía creyendo que iba a tropezar... y a pesar de lo ampuloso del vestido le parecía que iba desnuda por lo apretado que le quedaba en el pecho, por no mencionar el escote. Aunque enseñaba casi tanta piel cuando vestía camisas normales de botones, aquello le parecía diferente.

Sin embargo, tenía que admitir que el vestido lo cambiaba todo. La muchacha que la miraba desde el espejo era una criatura extraña y desconocida. El vestido celeste, con sus lazos y encajes blancos, hacía juego con los pasadores de zafiro de su pelo. Sazed decía que no estaría contento hasta que el pelo no le llegara al menos hasta los hombros, pero de todas formas había sugerido que comprara los pasadores y se los colocara sobre cada oreja.

—Los aristócratas no suelen ocultar sus defectos —le había explicado—. Al contrario, los resaltan. Llama la atención sobre tu pelo corto y, en vez de pensar que no vas a la moda, tal vez les impresione la declaración que estás haciendo.

Vin también llevaba un collar de zafiro; modesto para un noble, pero que valía más de doscientos cuartos. Lo complementaba con un brazalete de rubí, para acentuarlo. Al parecer, la moda del momento dictaba un único toque de color distinto para marcar contraste.

Y era todo suyo, pagado con fondos de la banda. Si se escapaba y se llevaba las joyas y sus tres mil cuartos, podría vivir durante décadas. Era más tentador de lo que quería admitir. Imágenes de los hombres de Camon, de sus cadáveres retorcidos en la silenciosa guarida, la acosaban. Eso debía de ser lo que le esperaba si se quedaba.

¿Por qué, entonces, no se marchaba?

Se apartó del espejo y se puso un chal de seda celeste, la versión femenina de una capa para los aristócratas. ¿Por qué no se marchaba? Tal vez era por su promesa a Kelsier. Él le había ofrecido el don de la alomancia, y dependía de ella. Tal vez era por su deber hacia los demás. Para sobrevivir, las bandas necesitaban que cada persona hiciera su trabajo.

Por la formación que le había dado Reen sabía que esos hombres eran unos necios, pero se sentía tentada, atraída por la posibilidad que ofrecían Kelsier y los otros. En el fondo, no eran las riquezas ni la emoción del trabajo lo que la hacían quedarse. Era la oscura perspectiva (improbable e irracional, pero seductora) de pertenecer a un grupo cuyos hombres se fiaban unos de otros. Tenía que

quedarse. Tenía que saber si duraría, o si todo era, como prometían los crecientes susurros de Reen, una mentira.

Se dio la vuelta y salió de su habitación camino de la puerta de la Mansión Renoux, donde Sazed la esperaba con un carruaje. Había decidido quedarse y eso significaba que tenía que cumplir su cometido.

Era el momento de hacer su primera aparición como noble.

El carruaje dio una sacudida violenta y Vin se sobresaltó. Sin embargo, el vehículo continuó con normalidad su avance y Sazed no se movió de su lugar en el pescante.

Algo sonó en el techo. Vin avivó sus metales, tensándose, mientras una figura saltaba de la parte superior del carruaje y aterrizaba en el estribo, ante su puerta. Kelsier sonrió cuando asomó la cabeza por la ventanilla.

Vin dejó escapar un suspiro de alivio y se acomodó en su asiento.

—Podrías habernos pedido que te recogiéramos.

—No era necesario —dijo Kelsier, abriendo la puerta del carruaje y entrando. Fuera ya estaba oscuro y él llevaba su capa de bruma—. Ya le advertí a Sazed que me dejaría caer durante el viaje.

—¿Y por qué no me lo dijiste a mí?

Kelsier hizo un guiño y cerró la puerta.

—Supuse que te lo debía por la sorpresa en el callejón de la semana pasada.

—Qué madurez por tu parte —dijo Vin llanamente.

—Siempre he confiado mucho en mi inmadurez. ¿Estás preparada para la velada?

Vin se encogió de hombros, tratando de ocultar su nerviosismo. Bajó los ojos.

—¿Qué... uh, aspecto tengo?

—Espléndido —dijo Kelsier—. Igual que una noble joven. No te pongas nerviosa, Vin: el disfraz es perfecto.

Por algún motivo, a ella no le pareció que esa fuera la respuesta que quería oír.

—¿Kelsier?

—¿Sí?

—Hace tiempo que quería preguntarte algo —dijo, mirando por la ventanilla, aunque todo lo que podía ver era bruma—. Comprendo que pienses que es importante... esto de tener a una espía entre la nobleza. Pero... bueno, ¿de verdad tenemos que hacerlo así? ¿No podríamos encontrar informadores callejeros que nos dijeran lo que necesitamos saber sobre la política de las casas?

—Tal vez —respondió Kelsier—. Pero esos hombres se llaman «informadores» por un motivo, Vin. Cada pregunta que les haces les da una pista sobre tus verdaderos motivos... Incluso el hecho de reunirte con ellos revela un poco de información que podrían vender a otro. Es mejor confiar en ellos lo menos posible.

Vin suspiró.

—No te envió al peligro a ciegas, Vin —dijo Kelsier, inclinándose hacia delante—. Necesitamos a una espía entre la nobleza. Los informadores suelen conseguir sus datos de los criados, pero la mayoría de los aristócratas no son tontos. Las reuniones importantes tienen lugar donde ningún criado puede oírles.

—¿Y esperas que yo pueda participar en esas reuniones?

—Tal vez sí, tal vez no. Sea como sea, he aprendido que siempre

es más útil tener a alguien infiltrado en la nobleza. Sazed y tú os enteraréis de temas vitales que los informadores callejeros no considerarían importantes. De hecho, estar en esas fiestas, aunque no te enteres de nada, ya nos proporcionará información.

—¿Cómo? —preguntó Vin, el ceño fruncido.

—Toma nota de la gente que parezca interesada en ti —dijo Kelsier—. Esas serán las casas que querremos vigilar. Si te prestan atención a ti, cabe pensar que estén prestándole atención también a lord Renoux... y hay un buen motivo para que estén haciéndolo.

—Armas —dijo Vin.

Kelsier asintió.

—La posición de Renoux como mercader de armas lo hará valioso para aquellos que planeen emprender acciones militares. Esas son las casas en las que necesitare concentrar mi atención. Ya tendría que haber cierta tensión acumulada en la nobleza... Es de esperar que estén empezando a preguntarse qué casas van a volverse contra qué otras. No ha habido una guerra abierta entre las Grandes Casas desde hace más de un siglo, pero la última fue devastadora. Tenemos que repetirla.

—Eso podría significar la muerte de un montón de nobles.

Kelsier sonrió.

—Puedo vivir con eso. ¿Y tú?

Vin sonrió a pesar de la tensión.

—Hay otro motivo para que hagas esto —dijo Kelsier—. En algún momento durante este alocado plan mío puede que tengamos que enfrentarnos al lord Legislador. Tengo la sensación de que cuanta menos gente tengamos que colar en su presencia, mejor. Tener a

una nacida de la bruma skaa oculta entre la nobleza..., bueno, podría ser una ventaja poderosa.

Vin sintió un ligero escalofrío.

—El lord Legislador... ¿estará allí esta noche?

—No. Habrá obligadores, aunque quizá no inquisidores... y, desde luego, quien no estará es el lord Legislador en persona. Una fiesta como esta no merece su atención.

Vin asintió con la cabeza. No había visto al lord Legislador: nunca había querido hacerlo.

—No te preocupes tanto —dijo Kelsier—. Aunque fueras a encontrarte con él, estarías a salvo. No puede leer la mente.

—¿Estás seguro?

Kelsier hizo una pausa.

—Bueno, no. Pero si puede leer la mente, no lo hace con todo el mundo al que ve. He conocido a varios skaa que se hicieron pasar por nobles en su presencia... Yo mismo lo hice varias veces antes de... —Se calló y se miró las manos cubiertas de cicatrices.

—Al final acabó capturándote.

—Y es probable que vuelva a hacerlo —respondió Kelsier, guiñándole un ojo—. Pero no te preocupes ahora por él: nuestro objetivo esta noche es la presentación de lady Valette Renoux. No tendrás que hacer nada peligroso ni extraño. Solo asistir y marcharte cuando te lo diga Sazed. Nos preocuparemos más tarde de ganarnos la confianza.

Vin asintió.

—Buena chica —dijo Kelsier. Abrió la puerta—. Estaré escondido cerca del torreón, vigilando y escuchando.

Vin asintió, agradecida, y Kelsier saltó del carruaje y desapareció

entre las brumas oscuras.

Vin no estaba preparada para lo mucho que brillaba el Torreón de Venture en la oscuridad. El enorme edificio estaba envuelto en un aura de luz brumosa. Mientras el carruaje se acercaba, distinguió ocho luces gigantescas que ardían en el exterior del edificio rectangular. Brillaban tanto como hogueras, pero eran mucho más firmes y tenían espejos al lado para iluminar directamente la fortaleza. Vin no acababa de entender su propósito. El baile sería dentro, ¿por qué poner luz en el exterior del edificio?

—Mete la cabeza, por favor, mi señora —dijo Sazed desde su puesto en el pescante—. Las damas no se asoman.

Vin le dirigió una dura mirada que él no pudo ver, pero volvió a meter la cabeza, esperando con impaciente nerviosismo a que el carruaje se detuviera ante la enorme mansión. Al cabo de un rato se detuvo y un palafrenero inmediatamente le abrió la puerta. Un segundo criado se acercó y le ofreció una mano para ayudarla a bajar.

Vin aceptó la mano, tratando con toda la gracia posible de sacar del carruaje la falda de encajes de su vestido. Mientras descendía con cuidado, tratando de no tropezar, agradeció la mano firme del criado y finalmente se dio cuenta de por qué se esperaba de los hombres que ayudaran a las mujeres a salir de los carruajes. No era una costumbre tonta después de todo: lo tonto era la ropa.

Sazed entregó el carruaje y ocupó su lugar unos cuantos pasos detrás de ella. Llevaba una ropa aún más refinada que de

costumbre; aunque con la misma pauta en forma de V, tenía un cinturón y anchas mangas envolventes.

—Adelante, señora —la animó Sazed desde atrás—. Hasta la alfombra, para que tu vestido no roce el empedrado, y luego entra por la puerta principal.

Vin asintió, tratando de tragarse su incomodidad. Avanzó, dejando atrás nobles y damas con diversas galas y vestidos. Aunque no la miraban, se sentía observada. Sus pasos no tenían la gracia de las otras damas, que estaban hermosas y parecían cómodas con sus atuendos. Las manos empezaron a sudarle dentro de sus guantes blanquiazules de seda.

Se obligó a continuar. Sazed la llevó hasta la puerta y entregó su invitación a los encargados. Dos hombres vestidos de negro y rojo asintieron y le cedieron el paso. Una multitud de aristócratas se congregaba en el vestíbulo, esperando para entrar en el salón principal.

¿Qué estoy haciendo?, se preguntó Vin, frenética. Podía desafiar la bruma y la alomancia, a ladrones y rateros, espectros y palizas. Sin embargo, enfrentarse a esos nobles y sus damas..., caminar entre ellos a la luz, visible, incapaz de esconderse... Eso la aterrorizaba.

—Adelante, señora —dijo Sazed con su voz tranquilizadora—. Recuerda tus lecciones.

¡Escóndete! ¡Busca un rincón! ¡Sombras, brumas, lo que sea!

Vin caminaba con las manos rígidas. Sazed se colocó a su lado. Con el rabillo del ojo, pudo ver la preocupación en su rostro normalmente calmado.

¡Y bien que debe preocuparse! Todo lo que le había enseñado

parecía huidizo, vaporoso como las brumas mismas. No podía recordar nombres, costumbres, nada.

Se detuvo en el vestíbulo y un noble de aspecto imperioso vestido de negro se volvió a mirarla. Vin se detuvo.

El hombre la miró con gesto despectivo, luego se volvió. Ella oyó susurrar claramente la palabra «Renoux» y miró aprensiva a un lado. Varias mujeres la estaban mirando.

Y, sin embargo, no parecía que la estuviesen viendo siquiera. Estaban estudiando el vestido, el pelo y las joyas. Vin miró al otro lado, donde un grupo de hombres más jóvenes la miraba. Veían el escote, el hermoso vestido y el maquillaje, pero no la veían *a ella*.

Ninguno podía ver a Vin, solo el rostro que se había puesto, el rostro que ella quería que vieran. Veían a lady Valette. Era como si Vin no estuviera allí.

Como si... como si estuviera ocultándose, justo delante de sus ojos.

Y de repente la tensión empezó a remitir. Dejó escapar un largo suspiro para calmarse y la ansiedad se redujo. La formación de Sazed regresó y Vin adoptó la expresión de una muchacha asombrada por su primer baile de gala. Entregó el chal a un sirviente y Sazed se relajó a su lado. Vin le dirigió una sonrisa y entró en el salón principal.

Podía hacerlo. Todavía estaba nerviosa, pero el momento de pánico había pasado. No necesitaba sombras ni rincones: solo una máscara de zafiros, maquillaje y tela azul.

El salón principal Venture era grandioso e imponente. De tres o cuatro pisos de altura, varias veces más largo que ancho, con enormes vidrieras rectangulares en las paredes iluminadas por las

extrañas luces del exterior, inundando con una cascada de colores la sala. Enormes columnas de piedra adornaban los muros entre las ventanas. Justo antes de que las columnas tocaran el suelo, la pared cedía creando un arco y una galería de una planta bajo las ventanas. Docenas de mesas ocupaban esta zona, protegidas tras las columnas y bajo el arco. En la distancia, al fondo del salón, Vin distinguió un balcón bajo donde había un grupo más pequeño de mesas.

—La mesa donde cena lord Straff Venture —susurró Sazed, indicando el lejano balcón.

Vin asintió.

—¿Y esas luces de fuera?

—Candilejas, señora —explicó Sazed—. No estoy seguro de cuál es el proceso empleado: de algún modo, las piedras de tilo pueden ser calentadas para que brillen sin derretirse.

Una orquesta de cuerda tocaba en un escenario a la izquierda, proporcionando música para las parejas que bailaban en el mismo centro del salón. A la derecha, las mesas ofrecían plato tras plato de comida que servían presurosos criados vestidos de blanco.

Sazed se acercó a un sirviente y le mostró la invitación de Vin. El hombre asintió, luego susurró algo al oído de un criado más joven. El muchacho hizo una reverencia a Vin y luego la guio por la sala.

—He pedido una mesa pequeña y apartada —dijo Sazed—. No necesitarás mezclarte en esta visita, creo. Solo que te vean.

Vin asintió, agradecida.

—La mesa apartada indicará que eres soltera —le advirtió Sazed—. Come despacio... Cuando acabes, los hombres vendrán a sacarte a bailar.

—¡No me has enseñado a bailar! —dijo Vin con un susurro urgente.

—No hubo tiempo, señora —respondió Sazed—. No te preocupes: respetuosamente y con todo derecho puedes rechazarlos. Ellos supondrán que estás anonadada por tu primer baile, y no pasará nada.

Vin asintió. El criado los condujo a una mesita, cerca del centro del pasillo. Vin se sentó en la única silla mientras Sazed ordenaba su comida. Luego se colocó detrás del asiento.

Vin esperó. La mayoría de las mesas se encontraba justo bajo el saliente de la galería, cerca de la pista de baile, y eso dejaba un pasillo entre ellas y la pared. Parejas y grupos pasaban, hablando tranquilamente. De vez en cuando alguien señalaba hacia Vin.

Bueno, esa parte del plan de Kelsier está funcionando. Reparaban en ella. Sin embargo, tuvo que esforzarse para no rebullirse ni hundirse en su asiento cuando un alto prelado caminó por el pasillo tras ella. Por fortuna, no era uno de los que había conocido, aunque llevaba la misma túnica gris y los mismos tatuajes alrededor de los ojos.

La verdad era que había varios obligadores en la fiesta. Caminaban, mezclándose con los asistentes. Y, sin embargo, había en ellos cierto distanciamiento. Se mantenían aparte, casi como carabinas.

La Guarnición vigila a los skaa, pensó Vin. Al parecer, los obligadores realizan una función similar con la nobleza. Era una constatación extraña: siempre había pensado que los nobles eran libres. Y, desde luego, eran mucho más confiados que los skaa. Muchos parecían estar divirtiéndose y los obligadores no parecían

actuar como policía, ni siquiera específicamente como espías. Sin embargo, allí estaban. Deambulando, uniéndose a las conversaciones. Un recordatorio constante del lord Legislador y su imperio.

Vin dejó de prestar atención a los obligadores (su presencia aún seguía haciéndola sentirse un poco incómoda) y se concentró en otra cosa: las hermosas vidrieras. Sentada donde estaba, podía ver algunas de las que estaban directamente enfrente y encima.

Eran escenas religiosas, como muchas de las preferidas por la aristocracia. Tal vez para mostrar devoción, o tal vez se trataba de una exigencia. Vin no lo sabía con exactitud... pero Valette tampoco debía de saberlo, así que no importaba.

Por fortuna, reconoció algunas de las escenas, sobre todo por las enseñanzas de Sazed. Parecía saber tanto sobre la doctrina del lord Legislador como de otras religiones, aunque a ella le resultaba extraño que estudiara la religión que consideraba tan opresiva.

En el centro de muchas de las vidrieras estaba la Profundidad. Negra (o, en términos de vidriera, violeta), era informe, con vengativas masas en forma de tentáculos extendiéndose por varias ventanas. Vin la contempló, junto con las brillantes imágenes coloreadas del lord Legislador, y se sintió un poco transfigurada por las escenas a contraluz.

¿Qué era la Profundidad?, se preguntó. ¿Por qué describirla de manera tan informe? ¿Por qué no mostrar lo que realmente era?

Nunca había pensado en la Profundidad hasta entonces, pero las lecciones de Sazed la habían hecho dudar. Su instinto gritaba que había engaño. El lord Legislador había inventado una amenaza terrible que había sido capaz de destruir en el pasado, «ganándose»

por tanto su puesto como emperador. Y, sin embargo, al contemplar aquella cosa horrible y retorcida, Vin casi podía creer.

¿Y si algo así hubiera existido? De ser cierto, ¿cómo había conseguido derrotarla el lord Legislador?

Suspiró, sacudiendo la cabeza. Ya empezaba a pensar como una noble. Estaba admirando la belleza de los adornos, pensando en lo que significaban, sin pensar más que de pasada en el dinero que habían costado. Pero todo parecía maravilloso y ornado.

Los pilares del salón no eran solo columnas normales, sino obras maestras talladas. Grandes estandartes colgaban del techo sobre las vidrieras y la suave bóveda del techo estaba cruzada por vigas y rematada con piedras angulares. De algún modo, supo que cada uno de aquellos remates estaba intrincadamente tallado, a pesar de que estaban demasiado lejos para verlos desde abajo.

Y los bailarines rivalizaban, quizás incluso superándolo, con el exquisito entorno. Las parejas se movían con gracia, siguiendo la suave música con movimientos fluidos, aparentemente sin esfuerzo. Muchos incluso charlaban mientras bailaban. Las damas se movían libremente con sus vestidos..., muchos de los cuales, advirtió Vin, hacían que su propio atuendo de encajes pareciera sencillo en comparación. Sazed tenía razón: el pelo largo estaba de moda, aunque el mismo número de damas lo llevaba recogido.

Rodeados por el majestuoso salón, los nobles con sus atuendos de gala parecían de algún modo diferentes. Distinguidos. ¿Eran estas las mismas criaturas que golpeaban a sus amigos y esclavizaban a los skaa? Parecían demasiado... perfectos, demasiado bien educados para cometer esos terribles actos.

Me pregunto si alguna vez se fijarán en el mundo exterior, pensó,

cruzando los brazos sobre la mesa mientras contemplaba el baile. *Tal vez no pueden ver más allá de sus fortalezas y sus bailes... igual que no pueden ver más allá de mi vestido y mi maquillaje.*

Sazed le dio un golpecito en el hombro y Vin suspiró, adoptando una postura más digna de una dama. La comida llegó unos instantes después, un festín de sabores tan extraños que se hubiera quedado desconcertada de no haber comido cosas similares durante los últimos meses. En sus lecciones Sazed podía haber omitido la danza, pero había sido bastante puntilloso en lo referente a la etiqueta para cenar, cosa que Vin agradeció. Como había dicho Kelsier, el principal objetivo de la noche era hacer acto de presencia... y por eso era tan importante que lo hiciera de manera adecuada.

Comió con delicadeza, como le habían enseñado, y eso le permitió ser lenta y meticulosa. No le gustaba la idea de que la invitaran a bailar; en el fondo temía que fuera a dejarse llevar por el pánico si alguien llegaba a hablarle. Sin embargo, una comida podía durar un tiempo limitado... sobre todo dado lo pequeñas que eran las raciones servidas a una dama. Terminó pronto y colocó el tenedor sobre el plato indicando que había acabado.

El primer pretendiente apareció apenas dos minutos más tarde.

—¿Lady Valette Renoux? —preguntó el joven, haciendo una ligera reverencia. Llevaba un chaleco verde bajo su traje largo y oscuro—. Soy lord Rian Strobe. ¿Le gustaría bailar?

—Mi señor... —dijo Vin, bajando vergonzosa la mirada—. Es usted muy amable, pero este es mi primer baile, ¡y aquí todo es tan grandioso! Y temo tropezar por el nerviosismo. ¿Quizá la próxima vez...?

—Por supuesto, mi señora —dijo él, asintiendo cortés antes de retirarse.

—Muy bien hecho, señora —susurró Sazed—. Tu acento ha sido magistral. Naturalmente, tendrás que bailar con él en la próxima ocasión. Sin duda para entonces ya te habremos enseñado, creo.

Vin se ruborizó.

—Tal vez él no asista.

—Tal vez —dijo Sazed—. Pero no es probable. Los jóvenes nobles son muy aficionados a sus diversiones nocturnas.

—¿Hacen esto cada noche?

—Prácticamente. Los bailes son, después de todo, el principal motivo por el que la gente viene a Luthadel. Si estás en esta ciudad y hay un baile (y casi siempre lo hay), sueles asistir, sobre todo si eres joven y soltero. No esperarán que acudas con mucha frecuencia, aunque deberíamos intentar que asistieras a dos o tres por semana.

—Dos o tres... —dijo Vin—. ¡Pero voy a necesitar más vestidos!

Sazed sonrió.

—Ah, ya piensas como una noble. Ahora, señora, si me disculpas...

—¿Disculparte? —preguntó Vin, dándose la vuelta.

—Voy al comedor de los mayordomos. Normalmente un sirviente de mi categoría se retira cuando su señor ha terminado de comer. No me apetece irme y dejarte, pero esa habitación estará llena de los presumidos criados de los altos nobles. Habrá conversaciones que maese Kelsier desea que oiga.

—¿Me dejas sola?

—Hasta ahora lo has hecho bien, señora —dijo Sazed—. No has

cometido ningún error importante... o al menos ninguno que no quepa esperar de una dama nueva en la corte.

—¿Como cuál? —preguntó Vin, aprensiva.

—Los discutiremos más tarde. Quédate en la mesa tomando vino... Trata de que no llenen la copa demasiado a menudo y espera mi regreso. Si otros jóvenes se acercan, recházalos tan delicadamente como has hecho con el primero.

Vin asintió, vacilante.

—Regresaré dentro de una hora —prometió Sazed. Sin embargo, se quedó allí de pie, como si esperara algo.

—Hummm, puedes retirarte —dijo Vin.

—Gracias, señora —dijo él, haciendo una reverencia antes de marcharse y dejarla sola. *No estoy sola*, pensó. *Kelsier está ahí fuera en alguna parte, vigilando en la noche*. La idea la reconfortó, aunque deseó no sentir de manera tan aguda el espacio vacío tras la silla.

Tres jóvenes más se acercaron para invitarla a bailar, pero cada uno de ellos aceptó su amable rechazo. Ningún otro vino después: debía de haberse corrido la voz de que no estaba interesada en bailar. Memorizó los nombres de los cuatro hombres que la habían abordado (Kelsier querría conocerlos) y se dispuso a esperar.

Extrañamente, pronto se sintió aburrida. La sala estaba bien ventilada, pero seguía notando calor bajo las capas de tela. Lo peor eran sus piernas, ya que tenían que soportar toda aquella ropa interior que le llegaba hasta los talones. Las mangas largas no ayudaban tampoco, aunque la seda era suave contra su piel. El baile continuó y ella lo observó con interés durante un rato. Sin embargo, pronto dedicó su atención a los obligadores.

Parecía que tenían algún tipo de función en la fiesta. Aunque a menudo se mantenían apartados de los grupos de nobles que charlaban, de vez en cuando se unían a ellos. Y, con la misma frecuencia, algún grupo se detenía y buscaba a un obligador, llamándolo con un gesto respetuoso.

Vin frunció el ceño, tratando de decidir qué estaba pasando por alto. Al cabo de un rato, un grupo sentado a una mesa cercana llamó a un obligador que pasaba. La mesa estaba demasiado lejos para oír nada sin ayuda, pero con estaño...

Buscó en su interior para quemar el metal, pero se detuvo. *Primero cobre*, pensó, encendiendo el metal. Tendría que acostumbrarse a dejarlo encendido casi todo el tiempo, para no exponerse.

Ocultó su alomancia, encendió estaño. Inmediatamente, la luz de la sala se volvió cegadora y tuvo que cerrar los ojos. La música de la banda se hizo más fuerte, y una docena de conversaciones a su alrededor pasaron de ser zumbidos a voces audibles. Tuvo que intentar concentrarse con fuerza en la que le interesaba, pero la mesa era la que estaba más cerca, así que al final logró aislar las voces adecuadas.

—... juro que compartiré con él la noticia de mi compromiso antes que con nadie —dijo una de ellas. Vin abrió un poquito los ojos: era una de las nobles sentadas a la mesa.

—Muy bien —dijo el obligador—. Soy testigo y doy fe de esto.

La noble tendió una mano y las monedas tintinearón. Vin apagó su estaño, abriendo del todo los ojos a tiempo para ver al obligador marcharse, guardando algo (las monedas, seguramente) en uno de los bolsillos de su túnica.

Interesante, pensó.

Por desgracia, la gente de la mesa no tardó en levantarse y marcharse, dejando a Vin sin nadie cerca para escuchar. Su aburrimiento regresó mientras observaba al obligador cruzar la sala y acercarse a uno de sus compañeros. Empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa, mirando a los dos obligadores hasta que se dio cuenta de algo.

Reconoció a uno de ellos. No el que había aceptado el dinero, sino su compañero, un hombre mayor. Bajo y de rasgos firmes, tenía un aire dominante. Incluso el otro obligador lo trataba con deferencia.

Al principio, Vin creyó que su familiaridad se debía a su visita al Cantón de las Finanzas con Camon y sintió una puñalada de pánico. Entonces, sin embargo, se dio cuenta de que no se trataba del mismo hombre. Lo había visto antes, pero no allí. Era...

Mi padre, advirtió con estupefacción.

Reen se lo había señalado una vez, a su llegada a Luthadel un año antes: él estaba inspeccionando a los obreros de una fragua local. Reen coló a Vin en el lugar, insistiendo en que al menos viera una vez a su padre... aunque ella no comprendió por qué. De todas formas, había memorizado su cara.

Resistió las ganas de encogerse en su silla. Era imposible que el hombre pudiera reconocerla: ni siquiera sabía que existía. Se obligó a desviar su atención de él y miró en cambio las vidrieras. Sin embargo, no pudo echarles un buen vistazo porque las columnas y los tapices se lo impedían.

Mientras estaba allí sentada, reparó en algo que no había advertido antes: un balcón descubierto que corría por encima de la

pared del fondo. Era como una contrapartida al hueco bajo las ventanas, excepto que corría por la parte superior de la pared, entre las vidrieras y el techo. Vio movimiento allí, parejas y gente sola paseando y contemplando la fiesta de abajo.

Se sintió atraída por el balcón, desde donde podría ver la fiesta sin ser vista. También le permitiría contemplar los maravillosos estandartes de las ventanas que había directamente sobre su mesa y estudiar las piedras angulares sin parecer curiosa.

Sazed le había dicho que se quedara allí sentada, pero cuanto más tiempo pasaba, más se dirigían sus ojos al balcón oculto. Ansiaba levantarse y moverse, estirar las piernas y airearlas un poco. La presencia de su padre (ajeno a ella o no), era otra motivación para dejar la planta principal.

No se puede decir que nadie más vaya a invitarme a bailar, pensó. *Y ya he hecho lo que quería Kelsier: los nobles me han visto.*

Se detuvo y llamó a un criado, que se acercó velozmente.

—¿Sí, lady Renoux?

—¿Cómo se llega allí arriba? —preguntó Vin, señalando el balcón.

—Hay escaleras al lado de la orquesta, mi señora —respondió el muchacho—. Conducen al rellano.

Vin asintió dándole las gracias. Entonces, decidida, se levantó y se encaminó al lugar. Nadie le dirigió más que una mirada al pasar, y caminó con más confianza cuando hubo cruzado el salón y llegó a la escalera.

El corredor de piedra se retorció hacia arriba, enroscándose sobre sí mismo, sus escalones cortos pero empinados. Pequeñas vidrieras, no más anchas que su mano, se abrían en la pared

exterior, aunque oscuras, sin contraluz. Vin subió ansiosamente, consumiendo su inquieta energía, pero pronto empezó a jadear por el peso del vestido y la dificultad de sujetarlo para no tropezar. Sin embargo, una chispa de peltre quemado la hizo subir sin esfuerzo para no sudar y no estropearse el maquillaje.

La subida mereció la pena. El balcón superior estaba iluminado solamente por varias linternitas de cristal azul en las paredes y proporcionaba un panorama sorprendente de las vidrieras. La zona estaba tranquila y Vin se sintió prácticamente sola mientras se acercaba a la barandilla de hierro entre dos columnas y se asomaba. Las losas de piedra del suelo de abajo formaban un dibujo que no había advertido, una especie de caprichosa curva de gris sobre blanco.

¿*Brumas?*, se preguntó, apoyada contra la barandilla, que al igual que la linterna que tenía detrás era intrincada y detallada: las dos habían sido forjadas en forma de gruesas enredaderas que se curvaban entre sí. A ambos lados, los capiteles de las columnas eran animales de piedra detenidos en el momento de saltar del balcón.

—Bueno, ese es el inconveniente que tiene ir a volver a llenar la copa de vino.

La súbita voz hizo que Vin diera un respingo y se girara. Había un joven tras ella. Su traje no era el más bonito que había visto, ni su chaleco el más brillante. La casaca y la camisa le quedaban demasiado grandes e iba un poco despeinado. Llevaba una copa de vino y en el bolsillo exterior de su casaca se notaba un bulto: un libro demasiado grande para caber en él.

—El problema es —dijo el joven—, que regresas y descubres que

te ha robado tu sitio favorito una chica guapa. Un caballero se iría a otra parte, dejando a la dama con sus meditaciones. Sin embargo, este es el mejor sitio del balcón, el único lugar que está lo bastante cerca de una linterna para tener buena luz para leer.

Vin se ruborizó.

—Lo siento, mi señor.

—Ah, vaya, ahora me siento culpable. Todo por una copa de vino. Mira, hay espacio suficiente para dos personas aquí arriba..., échate un poco para allá.

Vin se detuvo. ¿Podía rechazarlo amablemente? Estaba claro que él quería que se quedara cerca. ¿Sabía quién era? ¿Debería tratar de averiguar su nombre para poder contárselo a Kelsier?

Se apartó un poco y el hombre ocupó su sitio a su lado. Se apoyó contra una columna y, sorprendentemente, sacó su libro y se puso a leer. Tenía razón: la linterna iluminaba directamente las páginas. Vin se quedó allí mirándolo un momento, pero él parecía completamente absorto. Ni siquiera se detuvo a mirarla.

¿Es que no va a prestarme atención?, pensó Vin, sorprendida de su propio malestar. *Tal vez debería haberme puesto un vestido más bonito.*

El hombre bebía vino concentrado en su libro.

—¿Siempre lees en los bailes?

El joven alzó la cabeza.

—Cada vez que puedo escaparme.

—¿No va eso en contra de la idea misma de asistir? —preguntó Vin—. ¿Por qué asistir si vas a evitar relacionarte con nadie?

—Tú también estás aquí arriba —señaló él.

Vin se ruborizó.

—Solo quería ver bien el salón.

—¿Sí? ¿Y por qué has rechazado bailar con esos tres hombres que te invitaron?

Vin se detuvo. El hombre sonrió, luego volvió a su libro.

—Han sido cuatro —rezongó—. Y los he rechazado porque no sé bailar muy bien.

El hombre bajó un poco el libro para mirarla.

—¿Sabes? Eres mucho menos tímida de lo que parece.

—¿Tímida? No soy yo quien está mirando un libro cuando hay una joven a su lado, sin que hayan sido presentados adecuadamente.

El hombre alzó una ceja, especulativo.

—Ahora hablas igual que mi padre. Más atractiva, pero igual de gruñona.

Vin se lo quedó mirando con mala cara. Finalmente, él se encogió de hombros.

—Muy bien, seamos caballerosos. —Le hizo una reverencia, formal y refinado—. Soy lord Elend. Lady Valette Renoux, ¿puedo tener el placer de compartir este balcón contigo mientras leo?

Vin se cruzó de brazos. *¿Elend? ¿Eso es nombre o apellido? ¿Debe importarme? Solo quiere recuperar su sitio. Pero... ¿cómo sabía que me he negado a bailar?* Tuvo la sospecha de que Kelsier querría enterarse de esa conversación.

Curiosamente, no sentía ningún deseo de rechazar a ese hombre como había hecho con los otros. Sintió otra punzada de malestar cuando él volvió a levantar su libro.

—Todavía no me has dicho por qué prefieres leer a participar.

El hombre suspiró y volvió a bajar el libro.

—Bueno, verás, tampoco soy exactamente el mejor de los bailarines.

—Ah.

—Pero —dijo él, levantando un dedo—, eso es solo una parte. Puede que todavía no te des cuenta, pero es difícil no hartarse de fiestas. Cuando has asistido a quinientos o seiscientos bailes de estos empiezan a parecerte un poco repetitivos.

Vin se encogió de hombros.

—Aprenderías a bailar mejor si practicaras, supongo.

Elend alzó una ceja.

—No vas a dejarme volver a mi libro, ¿verdad?

—No lo pretendía.

Él suspiró y volvió a guardarse el libro en el bolsillo de la casaca, que empezaba a mostrar signos de desgaste.

—Muy bien. ¿Quieres ir a bailar?

Vin se quedó inmóvil. Elend sonrió indiferente.

¡Señor! O es increíblemente sibilino o socialmente incompetente. Era preocupante no poder determinarlo.

—¿Debo suponer que eso es un no? —dijo Elend—. Bien... creía que debía ofrecerme, ya que has establecido que soy un caballero. Sin embargo, dudo que las parejas de abajo aprecien que les pisemos.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué lees?

—Dilisteni —dijo Elend—. *Juicios de monumento*. ¿Lo conoces?

Vin negó con la cabeza.

—Ah, bueno. No lo conocen muchos. —Se apoyó en la barandilla y contempló el salón—. Bien, ¿qué te parece tu primera experiencia en la corte?

—Es muy... abrumadora.

Elend se echó a reír.

—Di lo que quieras sobre la Casa Venture: saben dar una fiesta.

Vin asintió.

—¿No te gusta entonces la Casa Venture? —dijo. Tal vez esta fuera una de las rivalidades que Kelsier estaba esperando.

—No particularmente, no —respondió Elend—. Son ostentosos, incluso para la alta nobleza. No pueden dar una fiesta cualquiera, no, tienen que dar la *mejor* fiesta. No les importa que sus sirvientes se queden hechos polvo preparándola, luego tienen que golpear a los pobres cuando el salón no está perfectamente limpio a la mañana siguiente.

Vin ladeó la cabeza. *No son palabras que esperara oír de un noble.*

Elend se detuvo. Parecía un poco cohibido.

—Pero, bueno, no importa. Creo que tu terrisano te está buscando.

Vin se asomó al balcón. En efecto, la alta figura de Sazed estaba junto a la mesa vacía, hablando con un criado.

Dejó escapar un gritito.

—Tengo que irme —dijo, volviéndose hacia la escalera.

—Ah, bien, volveré a leer —dijo Elend. Le hizo un gesto de despedida, pero había abierto el libro antes de que ella bajara el primer escalón.

Vin llegó abajo sin aliento. Sazed la vio de inmediato.

—Lo siento —dijo ella, avergonzada.

—No te disculpes, señora —respondió Sazed en voz baja—. Es

algo extraño e innecesario. Moverte por tu cuenta ha sido buena idea, creo. Te lo habría sugerido, pero parecías nerviosa.

Vin asintió.

—¿Es hora de irse ya?

—Es un momento adecuado para retirarse, si lo deseas —dijo él, mirando hacia el balcón—. ¿Puedo preguntar qué estabas haciendo allá arriba, señora?

—Quería echar un vistazo a las vidrieras. Pero acabé charlando con alguien. Pareció interesado en mí al principio, pero ahora creo que no pretendía prestarme mucha atención. No importa... ni siquiera me parece lo bastante importante para molestar a Kelsier con su nombre.

Sazed se detuvo.

—¿Con quién has estado hablando?

—Con el hombre de aquel rincón, en el balcón.

—¿Uno de los amigos de lord Venture?

—¿Se llama Elend uno de ellos?

Sazed palideció visiblemente.

—¿Estuviste charlando con lord *Elend Venture*?

—Hummm... ¿sí?

—¿Te invitó a bailar?

Vin asintió.

—Pero no creo que lo pretendiera en serio.

—Ay, cielos —dijo Sazed—. Se acabó el anonimato controlado.

—¿Venture? —preguntó Vin, frunciendo el ceño—. ¿Como el Torreón de Venture?

—El heredero del título.

—Hummm —dijo Vin, dándose cuenta de que quizá debería

haberse sentido un poco más intimidada de lo que se sentía—. Ha sido un poco molesto... de una manera agradable.

—No deberíamos hablar de esto aquí —dijo Sazed—. Estás muy, muy por debajo de su nivel. Venga, retirémonos. No debería haberme ido a cenar...

Echó a andar, murmurando para sí mientras conducía a Vin a la salida. Ella miró una vez más hacia el salón mientras recuperaba su chal, y quemó estaño, entornó los ojos contra la luz y buscó en el balcón.

Él tenía el libro, cerrado, en una mano. Y ella hubiese jurado que la miraba. Vin sonrió y dejó que Sazed la condujera hasta el carruaje.

Sé que no debería dejar que un simple porteador me perturbe. Sin embargo, es de Terris, donde se originaron las profecías. Si alguien pudiera identificar un fraude, ¿no sería él?

Sin embargo, continuó mi viaje, acudiendo a los lugares donde los augurios escritos proclaman que me encontraré con mi destino... a pie, sintiendo los ojos de Rashek en mi espalda. Celosos. Burlones. Llenos de odio.

13



Vin estaba sentada con las piernas cruzadas en uno de los cómodos sillones de lord Renoux, contenta de haberse librado del vaporoso vestido y haberse puesto de nuevo una camisa y pantalones.

Sin embargo, la tranquila incomodidad de Sazed le daba ganas de moverse. Él estaba de pie al otro lado de la habitación y Vin tenía la clara impresión de que se había metido en un lío. Sazed la había interrogado a fondo, investigando cada detalle de su conversación con lord Elend. Las preguntas de Sazed habían sido respetuosas, naturalmente, pero también molestas.

En opinión de Vin, el terrisano parecía indebidamente preocupado por su conversación con el joven noble. En realidad no habían hablado de nada importante, y el propio Elend era decididamente poco espectacular para tratarse de un lord de una Gran Casa.

Pero sí que había algo extraño en él... algo que Vin no le había confesado a Sazed. Ella... se había sentido cómoda con Elend. Al

recordar la experiencia, se daba cuenta de que durante aquellos pocos instantes no había sido en realidad lady Valette. Ni había sido Vin, pues esa parte suya, la tímida ladrona, era casi tan falsa como Valette.

No, había sido... quienquiera que fuese. Había sido una experiencia extraña. De vez en cuando sentía lo mismo cuando estaba con Kelsier y los demás, pero no tanto. ¿Cómo había podido Elend evocar su auténtico yo de manera tan rápida y concienzuda?

¡*Tal vez usó alomancia conmigo!*, pensó alarmada. Elend era un alto noble; tal vez fuese también un aplacador. Tal vez había habido más en la conversación de lo que ella creía.

Vin se acomodó en su asiento, el ceño fruncido. Tenía el cobre encendido y eso significaba que él no había podido usar contra ella alomancia emocional. De algún modo, sin razón aparente, la había hecho bajar la guardia. Vin recordó la experiencia, pensando en lo extrañamente cómoda que se había sentido. Estaba claro que no había tenido suficiente cuidado.

Seré más cauta la próxima vez. Suponía que volverían a verse. Era de esperar.

Un criado entró y le susurró algo a Sazed. Un rápido prendimiento de estaño le permitió a Vin oír la conversación: Kelsier había regresado por fin.

—Por favor, manda llamar a lord Renoux —dijo Sazed. El criado vestido de blanco asintió, y se marchó con paso vivo—. Los demás podéis marcharos —añadió tranquilamente, y los otros sirvientes se retiraron. La silenciosa vigilia de Sazed los había obligado a quedarse, esperando en la tensa habitación, sin hablar ni moverse.

Kelsier y lord Renoux llegaron juntos, charlando tranquilamente.

Como siempre, Renoux llevaba un rico traje cortado al poco común estilo occidental. El anciano, con el bigote gris recortado y acicalado, caminaba con aplomo. Incluso después de pasar una noche entera entre los nobles, Vin se sorprendió de nuevo por su porte aristocrático.

Kelsier todavía llevaba su capa de bruma.

—¿Sazed? —dijo al entrar—. ¿Alguna noticia?

—Eso me temo, maese Kelsier. Parece que la señora Vin llamó la atención de lord Elend Venture en el baile esta noche.

—¿Elend? —preguntó Kelsier, cruzándose de brazos—. ¿No es el heredero?

—Así es —dijo Renoux—. Lo conocí hace unos cuatro años, cuando su padre visitó el oeste. Me pareció un poco indigno para tratarse de alguien de su rango.

¿Cuatro años?, pensó Vin. Es imposible que lleve tanto tiempo haciéndose pasar por lord Renoux. ¡Kelsier escapó de los Pozos hace tan solo dos años! Miró al impostor, pero, como siempre, fue incapaz de detectar ningún fallo en su porte.

—¿Se mostró muy atento el muchacho? —preguntó Kelsier.

—La invitó a bailar —respondió Sazed—. Pero Vin tuvo el buen sentido de rechazarlo. Al parecer, su encuentro fue casual... pero me temo que le llamara la atención.

Kelsier se echó a reír.

—La enseñaste demasiado bien, Sazed. En el futuro, Vin, tal vez deberías intentar ser un poco menos encantadora.

—¿Por qué? —preguntó Vin, tratando de ocultar su malestar—. Creía que queríamos agradar.

—No a alguien tan importante como Elend Venture, niña —dijo

lord Renoux—. Te enviamos a la corte para que pudieras establecer alianzas... no armar escándalos.

Kelsier asintió.

—Venture es joven, elegible y heredero de una casa poderosa. Que tengas una relación con él podría crearnos serios problemas. Las mujeres de la corte sentirían celos de ti y los hombres mayores desaprobaban la diferencia de rango. Te apartarías de grandes sectores de la corte. Para conseguir la información que necesitamos, la aristocracia tiene que considerarte insegura, poco importante y, sobre todo, nada amenazadora.

—Además, niña —dijo lord Renoux—. Es improbable que Elend Venture tenga ningún verdadero interés por ti. Se sabe que es un excéntrico: no es descabellado que solo intente aumentar su reputación en la corte haciendo lo inesperado.

Vin sintió que su cara enrojecía. *Puede que tenga razón*, se dijo severamente. Con todo, no pudo dejar de sentirse molesta con los tres; sobre todo con Kelsier por su actitud desinteresada y desenfadada.

—Sí —dijo Kelsier—, quizá lo mejor sea que evites a Venture por completo. Intenta ofenderlo o algo. Dirígele un par de esas miradas tuyas.

Vin miró a Kelsier.

—¡Esa, esa misma mirada! —dijo Kelsier con una carcajada.

Vin apretó los dientes, luego se obligó a relajarse.

—He visto a mi padre en el baile esta noche —dijo, esperando distraer a Kelsier y los otros de lord Venture.

—¿De veras? —preguntó Kelsier con interés.

Vin asintió.

—Lo reconozco porque mi hermano me lo señaló una vez.

—¿Qué es? —preguntó Renoux.

—El padre de Vin es obligador —contestó Kelsier—. Y, al parecer, importante, si tiene suficiente poder para asistir a un baile como este. ¿Sabes cómo se llama?

Vin negó con la cabeza.

—¿Descripción?

—Hummm... Calvo, tatuajes en los ojos...

Kelsier se echó a reír.

—Señálamelo alguna vez, ¿de acuerdo?

Vin asintió y Kelsier se volvió hacia Sazed.

—¿Me traes los nombres de los nobles que la invitaron a bailar?

Sazed asintió.

—Ella me ha dado la lista, maese Kelsier. También tengo información interesante que he descubierto en la comida con los mayordomos.

—Bien —dijo Kelsier, mirando el reloj del rincón—. Pero tendrás que esperar a mañana por la mañana. He de irme.

—¿Irte? —preguntó Vin, irguiéndose—. ¡Pero si acabas de llegar!

—Eso es lo curioso que tiene llegar a alguna parte, Vin —contestó él con un guiño—. Una vez que llegas, lo único que te queda por hacer es volver a marcharte. Duerme un poco, se te ve cansada.

Kelsier se despidió del grupo y salió de la habitación silbando suavemente para sí.

Demasiado despreocupado, pensó Vin. Y demasiados secretos. Normalmente nos dice a qué familia planea atacar.

—Creo que me iré a dormir —dijo, bostezando.

Sazed la miró con recelo, pero la dejó marchar mientras Renoux

empezaba a hablarle. Vin subió hasta su habitación, se puso la capa de bruma y abrió las puertas del balcón.

La bruma entró en la habitación. Ella avivó hierro y fue recompensada con la visión de una débil línea de metal azul que apuntaba a lo lejos.

Veamos adónde vas, maese Kelsier.

Vin quemó acero, empujándose a la fría y húmeda noche de otoño. El estaño agudizaba sus ojos y hacía que el aire húmedo le cosquilleara en la garganta cuando respiraba. Empujó con más fuerza tras ella y luego tiró ligeramente de las puertas de abajo. La maniobra la hizo girar en arco por encima de la verja de acero, que luego empujó para lanzarse aún más al aire.

Siguió la pista azul que apuntaba hacia Kelsier, a distancia, para no ser vista. No llevaba ningún metal consigo, ni siquiera monedas, y mantuvo su cobre encendido para ocultar su uso de la alomancia. Teóricamente, solo el sonido podía alertar a Kelsier de su presencia, por eso se movió lo más silenciosamente posible.

Sorprendentemente, Kelsier no iba a la ciudad. Después de franquear las puertas de la mansión, giró hacia el norte. Vin lo siguió, y aterrizó y corrió en silencio por el áspero suelo.

¿Adónde va?, pensó confundida. ¿Va a rodear Fellise? ¿Se dirige a una de las mansiones de las afueras?

Kelsier continuó hacia el norte un rato, luego sus líneas de metal de repente empezaron a hacerse más tenues. Vin se detuvo junto a un grupo de árboles retorcidos. Las líneas se difuminaban a ritmo veloz: Kelsier había acelerado de pronto. Maldijo para sí y echó a correr.

La línea de Kelsier, por delante, se desvanecía en la noche. Vin

suspiró, frenando el paso. Avivó su hierro, pero apenas era suficiente para ver un atisbo de Kelsier desapareciendo de nuevo en la distancia. Nunca lo alcanzaría.

El hierro avivado, sin embargo, le mostró algo más. Frunció el ceño y continuó adelante hasta que llegó a una fuente fija de metal: dos pequeñas barras de bronce asomaban del suelo, separadas entre sí un par de palmos. Tomó una y contempló las brumas.

Está saltando, pensó. Pero ¿por qué? Saltar era más rápido que correr, pero no parecía tener mucho sentido hacerlo en medio de la nada.

A menos...

Avanzó unos pasos y encontró otras dos barras de bronce clavadas en el suelo. Vin miró hacia atrás. Era difícil decirlo en plena noche, pero parecía que las cuatro barras formaban una línea que señalaba directamente a Luthadel.

De modo que así es como lo hace, pensó. Kelsier tenía una habilidad asombrosa para moverse de Luthadel a Fellise a gran velocidad. Ella había supuesto que lo hacía a caballo, pero parecía que había un medio mejor. Él (o quizá alguien antes que él) había trazado un camino alomántico entre las dos ciudades.

Tomó la primera barra (la necesitaría para suavizar su aterrizaje si se equivocaba) y se plantó delante del segundo par de barras y se lanzó al aire.

Empujó con fuerza, avivando su acero, impulsándose lo más alto que pudo. Mientras volaba, avivó el hierro para buscar otras fuentes de metal. Pronto aparecieron: dos directamente al norte y dos más en la distancia a cada lado.

Las de los lados son para corregir el rumbo, advirtió. Tendría que

seguir moviéndose directamente hacia el norte si quería permanecer en el camino de bronce. Se escoró levemente a la izquierda, moviéndose de manera que pasó directamente entre dos barras adyacentes del camino principal, y luego se lanzó de nuevo adelante trazando un arco de un salto.

Pronto le pilló el truco, saltando de punto en punto, sin acercarse nunca al suelo. En solo unos minutos llevaba tan buen ritmo que apenas tuvo que hacer ninguna corrección con los lados.

Su progreso por el yermo paisaje fue increíblemente veloz. Las brumas pasaban volando y su capa se agitaba y sacudía tras ella. Con todo, se obligó a acelerar. Había pasado demasiado tiempo estudiando las barras de bronce. Tenía que alcanzar a Kelsier; de otro modo llegaría a Luthadel pero no sabría adónde ir a partir de allí.

Empezó a lanzarse de un punto a otro a una velocidad casi temeraria, buscando a la desesperada algún signo de movimiento alomántico. Después de unos diez minutos de saltos, una línea azul apareció por fin ante ella, apuntando hacia arriba en vez de hacia las barras del suelo. Suspiró aliviada.

Entonces apareció una segunda línea, y una tercera.

Vin frunció el ceño y se dejó caer al suelo con un golpe sordo. Avivó estaño y una forma enorme apareció en la noche ante ella, su parte superior chispeando con bolas de luz.

La muralla de la ciudad, pensó divertida. ¿Tan pronto? ¡He hecho el viaje el doble de rápido que un hombre a caballo!

Sin embargo, eso significaba que había perdido a Kelsier. Fastidiada, usó la barra que llevaba para impulsarse por encima de la muralla. Cuando aterrizó en la húmeda piedra, tiró de la barra

para recogerla. Entonces se acercó al otro lado de la muralla, saltó y aterrizó en la barandilla de piedra mientras escrutaba la ciudad.

¿Y ahora qué?, pensó molesta. ¿De vuelta a Fellise? ¿Me paso por el taller de Clubs y veo si ha ido allí?

Permaneció sentada, insegura, un instante. Luego se lanzó desde la muralla y empezó a abrirse camino por los tejados. Deambuló al azar, empujando picaportes de ventanas y trozos de metal, usando la barra de bronce y luego recuperándola cuando eran necesarios saltos largos. No fue hasta que llegó que se dio cuenta de que inconscientemente se había dirigido a un destino específico.

El Torreón de Venture se alzaba ante ella en la noche. Las candilejas estaban apagadas y solo unas cuantas antorchas fantasmales ardían cerca de los puestos de guardia.

Vin aterrizó en el reborde de un tejado, tratando de decidir qué la había traído de vuelta a la imponente fortaleza. El frío viento le agitaba la capa y el pelo, y le pareció que podía sentir gotas de lluvia en la mejilla. Permaneció allí un buen rato, sintiendo los pies cada vez más fríos.

Entonces advirtió movimiento a su derecha. Se agazapó de inmediato, avivando su estaño.

Kelsier estaba en un tejado a menos de tres casas de distancia, iluminado apenas por la luz ambiental. No parecía haber reparado en ella. Estaba contemplando el torreón, demasiado lejano el rostro como para poder leer su expresión.

Vin lo miró con recelo. Había despreciado su encuentro con Elend, pero tal vez le preocupaba más de lo que admitía. Una súbita punzada de miedo la hizo tensarse.

¿Podría haber ido a matar a Elend? El asesinato de un alto noble

heredero desde luego crearía tensiones entre la nobleza.

Vin esperó, llena de aprensión. Sin embargo, al cabo de un rato, Kelsier se incorporó y se marchó, impulsándose al aire.

Vin dejó caer la barra de bronce, pues la delataría, y corrió tras él. Su hierro mostraba líneas azules moviéndose en la distancia y saltó a toda prisa por la calle y se empujó contra la reja de una alcantarilla, decidida a no volver a perderlo.

Él se dirigía hacia el centro de la ciudad. Vin frunció el ceño, tratando de adivinar su destino. El Torreón de Erikeller estaba en esa dirección y era una suministradora importante de armamento. Quizá Kelsier planeaba hacer algo para interrumpir su suministro, haciendo que la Casa Renoux fuera más vital para la nobleza local.

Vin aterrizó en un tejado y se detuvo, viendo a Kelsier perderse en la noche. *Vuelve a moverse con rapidez. Yo...*

Una mano se posó en su hombro.

Vin soltó un grito, saltó atrás y avivó peltre.

Kelsier la miró con una mueca.

—Se supone que deberías estar en la cama, jovencita.

Vin miró a un lado, hacia la línea de metal.

—Pero...

—Mi bolsa con las monedas —dijo Kelsier, sonriendo—. Un buen ladrón puede robar trucos astutos tan fácilmente como roba otros tesoros. He empezado a ser más cuidadoso desde que me seguiste la semana pasada... Al principio, creía que eras un nacido de la bruma Venture.

—¿Tienen alguno?

—Creo que sí. La mayoría de las Grandes Casas los tienen...

pero tu amigo Elend no es uno de ellos. No es ni siquiera un brumoso.

—¿Cómo lo sabes? Podría estar ocultándolo.

Kelsier negó con la cabeza.

—Casi murió en un ataque hace un par de años. Si hubo un momento para demostrar sus poderes, fue entonces.

Vin asintió, todavía con la cabeza gacha, sin mirar a Kelsier a los ojos.

Él suspiró, se sentó en el tejado con una pierna colgando.

—Siéntate.

Vin se sentó a su lado. En el cielo, las frías brumas continuaban girando y había empezado a lloviznar levemente, aunque no era muy distinto de la humedad normal de la noche.

—No puedes seguirme así, Vin. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre la confianza?

—Si confiaras en mí, me dirías adónde vas.

—No necesariamente —dijo Kelsier—. Tal vez no quiero que tú y los demás os preocupéis por mí.

—Todo lo que haces es peligroso. ¿Por qué ibas a preocuparnos más si nos cuentas los detalles?

—Algunas tareas son más peligrosas que otras.

Vin se calló, miró a un lado, hacia donde iba Kelsier. El centro de la ciudad.

Hacia Kredik Shaw, la Colina de las Mil Torres. El palacio del lord Legislador.

—¡Vas a ir a enfrentarte al lord Legislador! —dijo Vin en voz baja—. La semana pasada dijiste que ibas a hacerle una visita.

—«Visita» es, tal vez, una palabra demasiado fuerte. Voy a ir al

palacio, pero espero sinceramente no toparme con el lord Legislador en persona. No estoy preparado para él todavía. Y, de todas formas, tú vas a irte derechita al taller de Clubs.

Vin asintió.

Kelsier frunció el ceño.

—Vas a intentar seguirme de nuevo, ¿verdad?

Vin hizo una pausa y luego volvió a asentir.

—¿Por qué?

—Porque quiero ayudar. Hasta ahora, mi parte en todo esto ha sido asistir a una fiesta. Pero soy una nacida de la bruma: tú mismo me entrenaste. No voy a quedarme sentada y dejar que todo el mundo haga el trabajo peligroso mientras yo ocupo un asiento, ceno y veo bailar a la gente.

—Lo que haces en esos bailes es importante.

Vin asintió, bajando los ojos. Lo dejaría marchar, para seguirlo luego. Era lo que había dicho antes: estaba empezando a sentir camaradería hacia su grupo, y no se parecía a nada que hubiera conocido. Quería participar en lo que estaban haciendo. Quería ayudar.

Sin embargo, por otra parte Vin se decía que Kelsier no lo estaba contando todo. Puede que confiara en ella, puede que no. Sin duda tenía secretos. El Undécimo metal y, por tanto, el lord Legislador estaban implicados en esos secretos.

Kelsier la miró a los ojos y debió de ver en ellos la intención de seguirlo. Suspiró.

—¡Hablo en serio, Vin! No puedes venir conmigo.

—¿Por qué no? —preguntó ella, abandonando los fingimientos—.

Si lo que haces es tan peligroso, ¿no sería más seguro que otro nacido de la bruma te cubriera las espaldas?

—Sigues sin conocer todos los metales.

—Solo porque tú no me has enseñado.

—Necesitas más práctica.

—La mejor práctica es hacer las cosas —dijo Vin—. Mi hermano me enseñó a robar llevándome a los robos.

Kelsier negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso.

—Kelsier —dijo ella muy seria—. Estamos planeando *derrocar al Imperio Final*. No espero vivir hasta finales de año de todas formas.

»Sigues diciéndoles a los otros la ventaja que es tener a dos nacidos de la bruma en el equipo. Bueno, no va a ser mucha ventaja a menos que me dejes ser una nacida de la bruma. ¿Cuánto tiempo vas a esperar? ¿Hasta que esté «preparada»? No creo que eso vaya a suceder nunca.

Kelsier la miró durante un instante, luego sonrió.

—La primera vez que nos vimos, apenas pude conseguir que dijeras unas palabras. Ahora me estás dando sermones.

Vin se ruborizó. Finalmente, Kelsier suspiró y rebuscó bajo su capa para sacar algo.

—No puedo creer que esté considerando esto —murmuró, tendiéndole el pedazo de metal.

Vin estudió la diminuta bola plateada. Era tan brillante y lisa que parecía una gota de líquido, aunque resultaba sólida al tacto.

—Atium —dijo Kelsier—. El décimo y más poderoso de los metales alománticos conocidos. Esa perla vale más que la bolsa entera de cuartos que te di.

—¿Este pedacito? —preguntó ella, sorprendida.

Kelsier asintió.

—El atium solo procede de un sitio: los Pozos de Hathsin, donde el lord Legislador controla la producción y distribución. Las Grandes Casas consiguen comprar una cantidad mensual de atium, y esa es una de las principales formas que tiene el lord Legislador de controlarlos. Venga, trágatelo.

Vin miró la bolita de metal, insegura de querer malgastar algo tan valioso.

—No se puede vender —dijo Kelsier—. Las bandas de ladrones lo intentan, pero sus miembros son localizados y ejecutados. El lord Legislador protege a toda costa su suministro de atium.

Vin asintió y luego tragó el metal. Inmediatamente sintió un nuevo brote de poder en su interior esperando ser quemado.

—Muy bien —dijo Kelsier, poniéndose en pie—. Quémalo en cuanto yo eche a andar.

Vin asintió. Cuando él empezó a caminar, rebuscó en su nueva fuente de poder y quemó atium.

Kelsier pareció difuminarse brevemente ante sus ojos; luego una imagen transparente, casi espectral, surgió en las brumas ante él. La imagen se parecía a Kelsier y caminaba unos cuantos pasos por delante. Una segunda imagen, aún más leve, se extendía desde el duplicado hasta el propio Kelsier.

Era como... una sombra inversa. El duplicado hacía todo lo que hacía Kelsier... excepto que la imagen se movía antes. Se volvió y Kelsier siguió el mismo curso.

La boca de la imagen empezó a moverse. Un segundo después, Kelsier habló.

—El atium te permite ver un poquito del futuro. O, al menos, te permite ver lo que la gente va a hacer dentro de un momento. Además, amplía tu mente, permitiéndote captar la nueva información y reaccionar más rápida y acertadamente.

La sombra se detuvo, luego Kelsier se acercó a ella y se detuvo también. De repente, la sombra la abofeteó y Vin reaccionó instintivamente alzando la mano justo cuando la mano real de Kelsier empezaba a moverse. Capturó su brazo a mitad del gesto.

—Cuando quemas atium, nada puede sorprenderte —dijo él—. Puedes blandir una daga, sabiendo con toda confianza que tus enemigos irán directos a ella. Puedes esquivar ataques con facilidad porque podrás ver dónde caerá cada golpe. El atium te vuelve casi invencible. Amplía tu mente, volviéndote capaz de hacer uso de toda la nueva información.

De repente, docenas de imágenes salieron disparadas del cuerpo de Kelsier. Cada una de ellas saltó en una dirección distinta, algunas al tejado, otras al aire. Vin le soltó el brazo, se incorporó y retrocedió confundida.

—Acabo de quemar atium también —dijo Kelsier—. Puedo ver lo que vas a hacer, y eso cambia lo que voy a hacer yo... lo que a su vez cambia lo que vas a hacer tú. Las imágenes reflejan cada una de las posibles acciones que podemos emprender.

—Es confuso —dijo Vin, contemplando el loco amasijo de imágenes, las antiguas desapareciendo de manera constante, las nuevas apareciendo de continuo.

Kelsier asintió.

—La única manera de derrotar a alguien que está quemando atium es quemarlo tú también. De esa forma, ninguno tiene ventaja.

Las imágenes se desvanecieron.

—¿Qué has hecho? —preguntó Vin con un sobresalto.

—Nada —contestó Kelsier—. Tu atium debe de haberse consumido.

Vin advirtió con sorpresa que tenía razón: el atium se había acabado.

—¡Qué rápido se quema!

Kelsier asintió y volvió a sentarse.

—Debe de ser la fortuna más rápida que hayas quemado jamás, ¿eh?

Vin asintió, aturdida.

—Parece un despilfarro.

Kelsier se encogió de hombros.

—El atium solo es valioso para la alomancia. Así que, si no lo quemáramos, no valdría la fortuna que vale. Naturalmente, si lo quemamos, hacemos que sea aún más raro. Es una relación interesante... Pregúntale a Ham. Le encanta hablar sobre la economía del atium.

»De todas formas, lo más probable es que cualquier nacido de la bruma al que te enfrentes tenga atium. Sin embargo, se sentirá reacio a usarlo. Además, no lo habrá tragado todavía: el atium es frágil y los jugos gástricos lo estropean en cuestión de horas. Así que hay que caminar por la frontera entre la conservación y la efectividad. Si te parece que tu oponente está usando atium, entonces será mejor que también uses el tuyo. Sin embargo, asegúrate de que no te engañe para que agotes tu reserva antes de que lo haga él.

Vin asintió.

—¿Significa esto que vas a llevarme contigo esta noche?

—Sospecho que lo lamentaré —dijo Kelsier, suspirando—. Mas no veo el modo de que te quedes atrás... Amarrándote, tal vez. Pero, te lo advierto, Vin. Esto podría ser peligroso. *Muy* peligroso. No pretendo encontrarme con el lord Legislador, pero sí colarme en su fortaleza. Creo que sé dónde podríamos encontrar una pista para derrotarlo.

Vin sonrió y dio un paso al frente. Kelsier echó mano a su faltriquera y sacó un frasquito, que le entregó. Era como un frasco alomántico normal, pero en su interior había una sola gota de metal. La perla de atium era varias veces más grande que la que le había dado para practicar.

—No la uses a menos que sea necesario —advirtió Kelsier—. ¿Necesitas algún otro metal?

Vin asintió.

—He agotado casi todo mi acero para llegar hasta aquí.

Kelsier le tendió otro frasquito.

—Primero, recuperemos mi monedero.

A veces me pregunto si me estoy volviendo loco.

Tal vez sea debido a la presión de saber que de algún modo debo soportar la carga de todo un mundo. Tal vez sea por las muertes que he visto, los amigos que he perdido. Los amigos que me he visto obligado a matar.

Sea como sea, a veces veo sombras siguiéndome. Oscuras criaturas que no comprendo, ni deseo comprender. ¿Serán acaso fruto de mi mente agotada?

14



Empezó a llover justo después de que localizaran la bolsa con las monedas. No era una lluvia fuerte, pero pareció despejar un poco la bruma. Vin se estremeció, se puso la capucha y se agazapó junto a Kelsier en un tejado. Él no le prestaba mucha atención al clima, ni tampoco ella. Un poco de humedad no iría mal; quizá ayudara, de hecho, puesto que la llovizna apagaría los sonidos de sus acciones.

Kredik Shaw se alzaba ante ellos. Las torres picudas y los pabellones se erguían como oscuros espolones en la noche. Variaban enormemente en grosor: algunos eran lo bastante anchos para alojar escaleras y grandes habitaciones, pero otros no eran más que finos viroles de acero que apuntaban al cielo. La variedad daba a la masa una simetría retorcida y desviada, casi desequilibrada.

Las torres y pabellones tenían un aspecto impresionante en medio de la noche húmeda y brumosa, parecidos a huesos manchados de ceniza de un cadáver putrefacto. Al mirarlos, a Vin le pareció que

sentía algo... una especie de *depresión*, como si el mero hecho de estar cerca del edificio bastara para sorber su esperanza.

—Nuestro objetivo es un complejo de túneles situado en la base de una de las torres de la derecha —informó Kelsier, su voz apenas audible en el tranquilo rumor de la lluvia—. Nos dirigiremos a una sala del centro de ese complejo.

—¿Qué hay dentro?

—No lo sé. Eso es lo que vamos a averiguar. Una vez cada tres días (y hoy no es uno de ellos), el lord Legislador visita la cámara. Se queda unas tres horas y luego se marcha. Traté de entrar una vez. Hace tres años.

—El trabajo —susurró Vin—. El que...

—Logró que me capturara —asintió Kelsier—. Sí. En esa época pensábamos que el lord Legislador acumulaba riquezas en esa sala. Ahora no creo que sea verdad, pero sigo sintiendo curiosidad. La manera en que la visita es tan regular, tan... extraña. Hay algo en esa sala, Vin. Algo importante. Tal vez contenga el secreto de su poder y su inmortalidad.

—¿Por qué tenemos que preocuparnos por eso? —preguntó Vin—. Tienes el Undécimo elemento para derrotarlo, ¿no?

Kelsier frunció levemente el ceño. Vin esperó una respuesta, pero él no le dio ninguna.

—Fracasé la última vez que intenté entrar, Vin —dijo en cambio—. Nos acercamos, pero llegamos con demasiada facilidad. Cuando llegamos, había inquisidores ante la sala. Esperándonos.

—¿Alguien los avisó de vuestra llegada?

Kelsier asintió.

—Planeamos durante meses ese trabajo. Nos sentíamos muy

confiados, pero teníamos buenos motivos. Mare y yo éramos los mejores... el trabajo tendría que haber sido perfecto. —Kelsier hizo una pausa, luego se volvió hacia Vin—. Esta noche no he planeado nada. Vamos a entrar sin más... silenciaremos a quien intente detenernos y luego irrumpiremos en esa sala.

Vin no dijo nada, sintiendo el frío del agua de la lluvia en sus manos y brazos. Luego asintió.

Kelsier le dedicó una leve sonrisa.

—¿No hay objeciones?

Vin negó con la cabeza.

—Te he obligado a traerme. No estaría bien que ahora pusiera pegas.

Kelsier se echó a reír.

—Supongo que he estado frecuentando demasiado tiempo a Brisa. No me siento bien a menos que alguien me diga que estoy loco.

Vin se encogió de hombros. Sin embargo, mientras se movían por el tejado, la sintió de nuevo: la sensación de depresión que procedía de Kredik Shaw.

—Hay algo, Kelsier —dijo—. El palacio parece... raro, de algún modo.

—Es el lord Legislador —dijo Kelsier—. Como si fuera un aplacador increíblemente poderoso, suaviza las emociones de todos los que se le acercan. Enciende tu cobre: eso te hará inmune.

Vin asintió y quemó cobre. Inmediatamente la sensación desapareció.

—¿Bien? —preguntó Kelsier.

Ella volvió a asentir.

—Muy bien, pues —dijo él, dándole un puñado de monedas—. Permanece cerca de mí y mantén tu atium a mano... por si acaso.

Dicho esto se lanzó desde lo alto del tejado. Vin lo siguió, los flecos de su capa esparciendo agua de lluvia. Quemó peltre mientras caía y golpeó el suelo con sus piernas reforzadas por la alomancia.

Kelsier echó a correr y ella lo siguió. Su velocidad por el empedrado húmedo hubiese sido peligrosa sin sus músculos impulsados por el peltre que reaccionaban con precisión, fuerza y equilibrio. Corrió en medio de la noche húmeda y brumosa, quemando estaño y cobre: uno para ver, el otro para esconderse.

Kelsier rodeó el complejo del palacio. Curiosamente, no tenía muralla exterior. *Pues claro que no. ¿Quién se atrevería a atacar al lord Legislador?*

Un espacio llano, empedrado, era todo lo que rodeaba la Colina de las Mil Torres. Ningún árbol, planta o estructura de madera para distraer la mirada de la perturbadora y asimétrica colección de alas, torres y pabellones que era Kredik Shaw.

—Allá vamos —susurró Kelsier, pero su voz llegó a los oídos amplificadas por el estaño de Vin. Se volvió, corriendo directamente hacia una sección cuadrada del palacio, parecida a un búnquer. Mientras se acercaban, Vin vio a una pareja de guardias junto a una especie de verja.

Kelsier saltó sobre ambos en un destello, abatiendo a uno con un golpe de cuchillo. El segundo hombre trató de gritar, pero Kelsier saltó y lo golpeó en el pecho con ambos pies. Lanzado hacia un lado por la patada inhumanamente fuerte, el guardia chocó contra la

pared y se desplomó al suelo. Kelsier se incorporó un segundo más tarde, cargó su peso contra la puerta y la abrió.

Una débil luz indicaba el camino de un pasillo de piedra. Kelsier atravesó la puerta. Vin redujo su estaño y lo siguió a la carrera, el corazón martilleando. Nunca en toda su vida como ladrona había hecho algo parecido. Su vida había estado plagada de timos y hurtos, no de incursiones y asaltos. Mientras seguía a Kelsier por el pasillo (sus pies y capas dejaban un rastro mojado en el liso suelo de piedra), nerviosamente sacó una daga de cristal, agarrando el mango envuelto en correas de acero con la mano sudorosa.

Un hombre apareció en el pasillo ante ellos, saliendo de lo que parecía ser una especie de sala para la guardia. Kelsier saltó y lo golpeó en el estómago con el codo y luego lo hizo chocar contra la pared. Mientras el guardia se desplomaba, Kelsier entró en la habitación.

Vin lo siguió y se encontró en medio del caos. Kelsier tiró de un candelabro de metal del rincón hasta que llegó a su mano, luego empezó a girar con él, abatiendo a soldado tras soldado. Los guardias gritaron, se pusieron en movimiento y echaron mano a sus bastones. Una mesa con platos a medio comer fue empujada a un lado mientras intentaban abrir espacio.

Un soldado se volvió hacia Vin y ella reaccionó sin pensar. Quemó acero y arrojó un puñado de monedas. Empujó y los proyectiles salieron disparados hacia delante, desgarrando la carne del guardia y haciéndolo caer.

Quemó hierro, tirando de las monedas hacia su mano. Se volvió con el puño ensangrentado, roció la habitación de metal y tumbó a tres soldados. Kelsier acabó con el último con su porra improvisada.

Acabo de matar a cuatro hombres, pensó Vin, aturdida. En el pasado Reen siempre se había encargado de hacerlo.

Oyó un ruido detrás. Vin se volvió y vio otro grupo de soldados que entraba por una puerta situada frente a ella. A su lado, Kelsier soltó su candelabro y dio un paso. Las cuatro linternas de la habitación saltaron de pronto de sus monturas, corriendo directamente hacia él. Se apartó para que chocaran entre sí.

La habitación quedó a oscuras. Vin quemó estaño y sus ojos se adaptaron a la luz del pasillo. Los guardias, sin embargo, se detuvieron.

Kelsier se plantó entre ellos un segundo más tarde. Las dagas destellaron en la oscuridad. Los hombres gritaron. Luego todo fue silencio.

Vin se encontraba rodeada de muerte, con las monedas ensangrentadas resbalando entre sus dedos aturdidos. Sin embargo, sujetaba con fuerza su daga... aunque solo fuera para reafirmar su tembloroso brazo.

Kelsier le puso una mano en el hombro y ella dio un salto.

—Eran hombres malvados, Vin —dijo—. Todos los skaa saben en el fondo de su corazón que el mayor de los crímenes es tomar las armas en defensa del Imperio Final.

Vin asintió, aturdida. Se sentía... mal. Tal vez fuera por los muertos, pero ahora que estaba dentro del edificio, hubiese jurado que aún sentía el poder del lord Legislador. Algo parecía empujar sus emociones deprimiéndola a pesar del cobre.

—Vamos. Tenemos poco tiempo. —Kelsier echó a correr de nuevo, saltando ágilmente por encima de los cadáveres, y Vin lo siguió.

Lo he obligado a traerme, pensó. Quería luchar, como él. Voy a tener que acostumbrarme a esto.

Entraron en un segundo pasillo y Kelsier saltó, se agazapó y salió disparado. Vin hizo lo mismo, saltando, buscando un anclaje más adelante y usándolo para impulsarse.

Los pasillos laterales pasaban veloces, el aire aullaba en sus oídos amplificados por el estaño. Delante aparecieron dos soldados. Kelsier golpeó a uno con los pies, luego dio una voltereta y clavó una daga en el cuello del otro. Ambos hombres cayeron.

No hay metal, pensó Vin, cayendo al suelo. Ninguno de los guardias de este palacio usa metal. Mataneblinos, se llamaban. Hombres entrenados para combatir a los alománticos.

Kelsier se desvió por un pasillo lateral y Vin tuvo que acelerar para no perderlo. Avivó peltre, deseando que sus piernas se movieran más rápido. Por delante, Kelsier se detuvo y Vin se paró tras él de golpe. A su derecha había un arco que brillaba con una luz mucho más resplandeciente que la de las pequeñas linternas del pasillo. Vin apagó su estaño y siguió a Kelsier a la sala.

Seis braseros ardían en las esquinas de la gran cámara abovedada. En contraste con los sencillos pasillos, la sala estaba cubierta de murales grabados en plata. Cada uno representaba obviamente al lord Legislador; eran como las vidrieras que había visto antes, pero menos abstractas. Vio una montaña. Una gran caverna. Una mancha de luz.

Y algo muy oscuro.

Kelsier avanzó y Vin se dio la vuelta. El centro de la sala quedaba dominado por una pequeña estructura; un edificio dentro del edificio. Adornado, con piedra tallada y pautas intrincadas, el edificio de una

sola planta se alzaba ante ellos. En conjunto, la cámara vacía le produjo a Vin una extraña sensación de solemnidad.

Kelsier avanzó, pisando con sus pies descalzos el liso mármol negro. Vin lo siguió, agazapada y nerviosa: la sala parecía vacía, pero tenía que haber otros guardias. Kelsier se acercó a una gran puerta de roble que había en el edificio interior, su superficie tallada con letras que Vin no reconoció. Abrió la puerta.

Dentro había un inquisidor de acero. La criatura sonrió, frunciendo los labios en una extraña mueca bajo los dos enormes clavos que perforaban sus ojos.

Kelsier se detuvo un instante.

—¡Vin, corre! —gritó entonces, mientras la mano del inquisidor salía disparada y lo agarraba por el cuello.

Vin no reaccionó. A los lados, vio llegar a otros dos inquisidores vestidos de negro. Altos, delgados y calvos, también llevaban los clavos y los intrincados tatuajes del Ministerio.

El inquisidor más cercano alzó a Kelsier sujeto por el cuello.

—Kelsier, el Superviviente de Hathsín —dijo la criatura con voz rechinante. Luego se volvió hacia Vin—. Y... tú. Te he estado buscando. Dejaré que este muera rápidamente si me dices qué noble te engendró, mestiza.

Kelsier tosió, debatiéndose por respirar mientras se agitaba bajo la tenaza de la criatura. El inquisidor se dio media vuelta y miró a Kelsier con sus ojos perforados por los clavos. Kelsier volvió a toser, como si tratara de decir algo, y el inquisidor, curioso, lo atrajo un poco más hacia sí.

La mano de Kelsier clavó una daga en el cuello de la criatura. Mientras el inquisidor se tambaleaba, Kelsier golpeó con el puño su

antebrazo y le rompió el hueso. El inquisidor lo soltó y Kelsier cayó tosiendo al resplandeciente suelo de mármol.

Jadeando en busca de aire, miró a Vin con expresión frenética.

—¡Te he dicho que corras! —espetó, y le lanzó algo.

Vin se detuvo a atrapar la bolsa de las monedas. Sin embargo, se agitó súbitamente en el aire, disparada hacia delante. Bruscamente, advirtió que no se la estaba lanzando sino que la había arrojado contra ella.

La bolsa la golpeó en el pecho. Empujada por la alomancia de Kelsier, impulsada por la sala, dejó atrás a los dos sorprendidos inquisidores, cayó al suelo y resbaló sobre el mármol.

Vin alzó la cabeza, todavía mareada. En la distancia, Kelsier se puso en pie. Sin embargo, el principal inquisidor no parecía muy preocupado por la daga de su cuello. Los otros dos se encontraban entre ella y Kelsier. Uno se volvió y Vin se quedó helada por su horripilante y antinatural mirada.

—¡CORRE!

La palabra resonó en la cámara abovedada. Y esta vez, por fin, surtió efecto.

Vin se puso en pie. El miedo la aturdía, le gritaba, la obligaba a moverse. Corrió hacia el pasillo más cercano, sin saber si era por el que habían venido. Agarró la bolsa de monedas de Kelsier y quemó hierro, buscando frenéticamente un anclaje en el pasillo.

¡Tengo que escapar!

Agarró el primer trozo de metal que vio y tiró, despegándose del suelo. Se lanzó por el pasillo a velocidad descontrolada, el terror avivaba su hierro.

De pronto se sacudió y todo giró. Golpeó el suelo de mala

manera, su cabeza chocó contra la burda piedra y se quedó allí aturdida, preguntándose qué había sucedido. La bolsa de monedas... Alguien había tirado de ella usando su metal para obligarla a retroceder.

Vin se dio la vuelta y vio una forma oscura abalanzándose hacia ella por el pasillo. La túnica del inquisidor revoloteó cuando se posó a corta distancia. Avanzó, el rostro impassible.

Vin avivó estaño y peltre, despejando su mente y apartando el dolor. Lanzó unas cuantas monedas, empujándolas contra el inquisidor.

Él alzó una mano y las monedas se detuvieron en el aire. El propio empujón de Vin de repente la impulsó hacia atrás y cayó al suelo, resbalando contra las piedras.

Oyó las monedas resonar en el suelo mientras se detenía. Sacudió la cabeza, con una docena de nuevos moratones ardiéndole por todo el cuerpo. El inquisidor pasó por encima de las monedas esparcidas, caminando hacia ella a ritmo veloz.

¡Tengo que escapar! Incluso Kelsier había temido enfrentarse a un inquisidor. Si él no podía combatir a uno, ¿qué posibilidad tenía ella?

Ninguna. Soltó la bolsa y se puso en pie, luego echó a correr y se metió por la primera puerta abierta que vio. La habitación a la que accedió estaba vacía, pero en el centro se alzaba un altar dorado. Entre el altar, los cuatro candelabros en las esquinas y el resto de ornamentos religiosos, estaba abarrotada.

Vin se volvió y agarró un candelabro, recordando el truco de Kelsier de antes. El inquisidor entró en la habitación y, casi divertido,

alzó una mano y le arrancó el candelabro con un sencillo tirón alomántico.

¡*Es tan fuerte!*!, pensó Vin con horror. Debía de estar reforzándose tirando contra las abrazaderas de las linternas que tenía detrás. Sin embargo, la fuerza de su tirón de hierro era mucho más poderosa que la de Kelsier.

Vin saltó, empujándose por encima del altar. En la puerta, el inquisidor se volvió hacia un cuenco situado encima de una columna baja y tiró de lo que parecía ser un puñado de pequeños triángulos de metal. Eran afilados y cortaron la mano de la criatura en una docena de sitios diferentes. Pero ignoró las heridas y los arrojó con la mano ensangrentada.

Vin gritó y se ocultó detrás del altar mientras las piezas de metal chocaban contra la pared del fondo.

—Estás atrapada —dijo el inquisidor con voz rechinante—. Ven conmigo.

Vin miró a un lado. No había otras puertas. Asomó la cabeza mirando al inquisidor y una pieza de metal corrió hacia su cara. Empujó contra ella, pero el inquisidor era demasiado fuerte. Tuvo que esquivar y dejar que el metal pasara, o de lo contrario la hubiese clavado contra la pared.

Necesito algo para bloquearlo. Algo que no esté hecho de metal.

Mientras oía al inquisidor entrar en la habitación, encontró lo que necesitaba: un gran libro encuadernado en cuero situado junto al altar. Lo tomó, luego hizo una pausa. No tenía sentido morir rica. Echó mano al frasquito de Kelsier, apuró el atium y lo quemó.

La sombra del inquisidor rodeó el altar y el inquisidor real la siguió

un segundo más tarde. La sombra de atium abrió la mano y una lluvia de diminutas dagas transparentes corrió hacia ella.

Vin alzó el libro cuando las dagas reales la siguieron. Agitó el libro a través del rastro de cada sombra justo cuando las dagas de verdad volaban hacia ella. Las detuvo todas y sus bordes afilados y dentados se clavaron profundamente en la tapa de cuero del libro.

El inquisidor se detuvo y ella obtuvo la recompensa de ver una expresión confundida en su rostro retorcido. Entonces un centenar de imágenes-sombra salieron disparadas de su cuerpo.

¡*Lord Legislador!*!, pensó Vin. También él tenía atium.

Sin detenerse a preocuparse por lo que eso significaba, Vin saltó por encima del altar, llevándose el libro como protección contra nuevos proyectiles. El inquisidor giró, los ojos de clavos siguiéndola mientras se escabullía por el pasillo.

Un pelotón de soldados la esperaba. Sin embargo, todos tenían una sombra-futura. Vin pasó entre ellos sin apenas ver dónde caían sus armas, evitando de algún modo los ataques de doce hombres diferentes. Y, durante un instante, casi olvidó el dolor y el miedo, sustituidos por una increíble sensación de poder. Fue esquivando sin esfuerzo los bastones que intentaban alcanzarla y fallaban por apenas unos centímetros. Era invencible.

Se abrió paso entre las filas de hombres, sin molestarse en matarlos ni herirlos: solo quería escapar. Cuando dejó atrás al último, dobló una esquina.

Y un segundo inquisidor, el cuerpo rebosando de imágenes-sombra, avanzó un paso y la golpeó con algo afilado en el costado.

Vin jadeó de dolor. Hubo un sonido aterrador cuando la criatura liberó el arma de su cuerpo: era un palo de madera con afiladas

puntas de obsidiana. Vin se llevó la mano al costado, se tambaleó hacia atrás, sintió una enorme cantidad de sangre caliente manar de la herida.

El inquisidor le resultaba familiar. *El primero, el de la otra sala*, pensó a través del dolor. *¿Significa... significa eso que Kelsier ha muerto?*

—¿Quién es tu padre? —preguntó el inquisidor.

Vin mantuvo la mano en el costado, tratando de detener la sangre. Era una herida grande. Una herida mala. Las había visto antes. Siempre mataban.

Sin embargo, todavía estaba en pie. *Peltre*, pensó su mente confusa. *¡Aviva peltre!*

Así lo hizo, y el metal le dio fuerza a su cuerpo permitiéndole seguir en pie. Los soldados se apartaron para dejar que el segundo inquisidor se le acercara por el flanco. Vin miró horrorizada a ambos inquisidores que se cernían sobre ella mientras la sangre corría entre sus dedos y por su costado. El primer inquisidor todavía llevaba el arma parecida a un hacha, el filo manchado de sangre. Su sangre.

Voy a morir, pensó aterrorizada.

Y entonces la oyó. Lluvia. Era débil, pero sus oídos amplificados por el estaño la captaron tras ella. Se dio media vuelta, se abalanzó por una puerta y vio un pasillo ancho al otro lado. La bruma se arremolinaba en el suelo y la lluvia golpeaba las piedras del exterior.

Los guardias deben de haber llegado por ahí, pensó. Mantuvo el peltre encendido, sorprendida por lo bien que funcionaba aún su cuerpo, y salió dando tumbos a la lluvia, sujetando por instinto el libro de cuero contra su pecho.

—¿Tratas de escapar? —preguntó el primer inquisidor desde atrás, divertido.

Aturdida, Vin se volvió hacia el cielo y tiró de una de las muchas torres del palacio. Oyó al inquisidor maldecir mientras se lanzaba al aire y se perdía en la noche oscura.

Las mil torres giraron a su alrededor. Tiró de una, luego pasó a otra. La lluvia era fuerte y volvía negra la noche. No había bruma que reflejara la luz ambiental y las estrellas estaban ocultas por las nubes. Vin no podía ver adónde iba: tenía que usar la alomancia para captar las puntas metálicas de las torres, y esperar que no hubiera nada en medio.

Chocó con una torre, se agarró y se detuvo. *Tengo que vendarme la herida*, pensó débilmente. Estaba empezando a marearse y sentía la cabeza aturdida a pesar del peltre y el estaño.

Algo chocó contra la torre que había encima y oyó un gruñido. Vin se soltó cuando el inquisidor daba un tajo al aire junto a ella.

Solo tenía una oportunidad. A medio salto, tiró para desviarse a un lado, hacia una torre diferente. Al mismo tiempo, empujó contra el libro que tenía en la mano, pues aún tenía pedacitos de metal clavados en la portada. El libro continuó en la dirección que ella seguía, las líneas de metal brillando sin fuerza a la luz. Era el único metal que llevaba encima.

Vin llegó a la siguiente torre, tratando de hacer el menor ruido posible. Escrutó la noche, quemando estaño, mientras la lluvia se convertía en un trueno en sus oídos. Por encima, le pareció escuchar el claro sonido de algo que golpeaba una torre en la dirección hacia donde había enviado el libro.

El inquisidor había picado. Vin suspiró, colgando en la torre,

empapada por la lluvia. Se aseguró de que su cobre estuviera aún ardiendo, tiró con suavidad de la torre para sujetarse y desgarró una tira de camisa para vendarse la herida. A pesar de su mente aturdida, no pudo dejar de advertir lo grande que era el tajo.

Ay, Señor, pensó. Sin peltre, hubiese caído inconsciente hacía un buen rato. Debería estar muerta.

Algo sonó en la oscuridad. Vin sintió un escalofrío y alzó la cabeza. Todo era negro a su alrededor.

No es posible. No puede...

Algo chocó contra su torre. Vin soltó un grito. Tiró de otra torre, la capturó débilmente e inmediatamente se impulsó de nuevo. El inquisidor la siguió, y su avance resonaba mientras saltaba de torre en torre tras ella.

Me ha encontrado. No podía verme, ni oírme, ni sentirme. Pero me ha encontrado.

Vin alcanzó una torre, se agarró con una mano y quedó colgando en la noche. Sus fuerzas casi se habían agotado. *Tengo... que huir... esconderme...*

Sentía las manos abotargadas y la mente casi igual. Sus dedos resbalaron del metal frío y mojado de la torre y se sintió caer a la oscuridad.

Cayó con la lluvia.

Sin embargo, solo recorrió una breve distancia antes de golpear algo duro: el tejado de una zona particularmente alta del palacio. Aturdida, se puso de rodillas y se arrastró en busca de una esquina.

Escóndete... escóndete... escóndete...

Se arrastró débilmente hasta el hueco formado por otra torre. Se agazapó en el oscuro rincón, en medio de un charco de agua

manchada de ceniza, abrazada a sí misma. Su cuerpo estaba mojado por la lluvia y la sangre.

Pensó, durante apenas un momento, que tal vez había escapado.

Una sombra oscura saltó al tejado. La lluvia remitía y el estaño permitió ver a Vin una cabeza con dos clavos, un cuerpo envuelto en una oscura túnica.

Estaba demasiado débil para moverse, demasiado débil para hacer otra cosa que tiritar en el charco de agua, con la ropa pegada a la piel. El inquisidor se volvió hacia ella.

—Eres una criatura pequeña y problemática —dijo. Avanzó un paso, pero Vin apenas podía oír sus palabras.

Volvía a oscurecer... no, era solo su mente. Su visión se ensombrecía, cerraba los ojos. La herida ya no le dolía. Ni siquiera... podía... pensar.

Un sonido, como de ramas quebradas.

Los brazos la agarraron. Brazos cálidos, no los brazos de la muerte. Se obligó a abrir los ojos.

—¿Kelsier? —susurró.

Pero no era la cara de Kelsier la que le devolvió la mirada, marcada por la preocupación. Era una cara distinta, más amable. Ella suspiró aliviada, perdiendo el sentido mientras los fuertes brazos la acercaban y la hacían sentirse extrañamente a salvo en medio de las terribles tormentas de la noche.

No sé por qué me traicionó Kwaan. Incluso así, este hecho acosa mis pensamientos. Fue él quien me descubrió; él fue el filósofo de Terris que me llamó primero Héroe de las Eras. Parece irónicamente surrealista que ahora, después de su larga pugna por convencer a sus colegas, sea el único hombre santo de importancia que predica contra mi reino.

15



—¿Dejaste que te acompañara? —preguntó Dockson, irrumpiendo en la sala—. ¿Te llevaste a Vin a Kredik Shaw? ¿Estás loco de remate?

—Sí —replicó Kelsier—. Has tenido razón todo el tiempo. Estoy loco. Soy un lunático. ¡Tal vez debería haber muerto en los Pozos y no haber vuelto jamás para molestaros a ninguno!

Dockson se detuvo, sorprendido por la fuerza de las palabras de Kelsier, quien dio un puñetazo en la mesa lleno de frustración, quebrando la madera por la fuerza del golpe. Seguía quemando peltre, el metal que le ayudaba a resistir sus diversas heridas. Su capa de bruma yacía hecha jirones y tenía en el cuerpo media docena de cortes de poca gravedad. Todo el costado derecho le ardía de dolor. Tendría una magulladura enorme allí, y tendría suerte si no se había roto ninguna costilla.

Kelsier avivó el peltre. El fuego en su interior le sentó bien: le proporcionaba un foco para la ira y el asco que sentía por sí mismo. Uno de los aprendices trabajaba con rapidez, tratando de vendarle

la herida más grande. Clubs estaba sentado junto a Ham en un rincón de la cocina; Brisa estaba fuera, en uno de los suburbios.

—Por el lord Legislador, Kelsier —dijo Dockson en voz baja.

Incluso Dockson, pensó Kelsier. Incluso mis más viejos amigos juran en nombre del lord Legislador. ¿Qué estamos haciendo? ¿Cómo podemos enfrentarnos a esto?

—Había inquisidores esperándonos, Dox.

Dockson palideció.

—¿Y la *dejaste* allí?

—Ella escapó antes de que yo lo hiciera. Traté de distraer a los inquisidores todo lo que pude, pero...

—¿Pero?

—Uno de ellos la siguió. No pude impedirlo... Quizá los otros dos inquisidores tan solo han intentado mantenerme ocupado para que su compañero pudiera encontrarla.

—Tres inquisidores —dijo Dockson, aceptando una copa de brandy que le ofrecía uno de los aprendices. La apuró.

—Debimos de hacer mucho ruido al entrar —dijo Kelsier—. Eso, o ya estaban allí por algún motivo. ¡Y seguimos sin saber qué hay en esa sala!

Todos guardaron silencio en la cocina. La lluvia en el exterior volvió a arreciar, asaltando el edificio con furia vengativa.

—Bueno... —dijo Ham—. ¿Qué ha sido de Vin?

Kelsier miró a Dockson, y vio pesimismo en sus ojos. Kelsier había escapado a duras penas y tenía años de entrenamiento. Si Vin estaba todavía en Kredik Shaw...

Kelsier sintió un agudo dolor en el pecho. *La dejaste morir*

también. Primero, Mare; luego, Vin. ¿A cuántos más llevarás a la muerte antes de que esto acabe?

—Puede que esté oculta en algún lugar de la ciudad —dijo Kelsier—. Temerosa de venir al taller porque los inquisidores la están buscando. O... tal vez por algún motivo haya vuelto a Fellise.

Tal vez esté en alguna parte ahí fuera, muriendo sola bajo la lluvia.

—Ham —dijo Kelsier—, tú y yo vamos a volver al palacio. Dox, con Lestibournes, visitad a otras bandas de ladrones. Tal vez uno de sus vigías haya visto algo. Clubs, envía a un aprendiz a la Mansión Renoux para ver si ha vuelto allí.

El solemne grupo empezó a moverse, pero Kelsier no necesitó decir lo obvio. Ham y él no podrían acercarse a Kredik Shaw sin toparse con patrullas de guardia. Aunque Vin estuviera ocultándose en algún lugar de la ciudad, lo más probable era que los inquisidores la encontrasen antes.

Kelsier se detuvo y su súbito movimiento hizo que los otros lo imitaran. Había oído algo.

Sonaron pasos apresurados mientras Lestibournes bajaba corriendo las escaleras y entraba en la habitación, completamente empapado por la lluvia.

—¡Viene alguien!

—¿Vin? —preguntó Ham, esperanzado.

Lestibournes negó con la cabeza.

—Hombre grande. Fuerte.

Ya está, entonces. He causado la muerte de la banda... He traído a los inquisidores hasta aquí.

Ham se puso en pie y empuñó una vara de madera. Dockson

sacó un par de dagas y los seis aprendices de Clubs se dirigieron al fondo de la habitación con el espanto en los ojos.

Kelsier avivó sus metales.

La puerta trasera de la cocina se abrió. Una forma alta y oscura, con una túnica mojada, se alzaba bajo la lluvia. Y llevaba en sus brazos una figura envuelta en tela.

—¡Sazed!

—Está malherida —dijo Sazed, entrando rápidamente en la habitación, su bella ropa chorreando—. Maese Hammond, necesito peltre. Su suministro está agotado, creo.

Ham se abalanzó mientras Sazed depositaba a Vin sobre la mesa de la cocina. Tenía la piel pegajosa y pálida y estaba totalmente empapada.

Es tan pequeña, pensó Kelsier. Apenas poco más que una niña. ¿Cómo se me ha ocurrido llevarla conmigo?

Tenía una enorme herida ensangrentada en el costado. Sazed apartó algo (un gran libro que llevaba) y aceptó de Hammond un frasco. Lo abrió y vertió el líquido en la garganta de la muchacha inconsciente. La habitación permaneció en silencio mientras el sonido de la lluvia seguía llegando por la puerta todavía abierta.

El rostro de Vin cobró un poco de color y su respiración pareció estabilizarse. Para los sentidos alománticos potenciados por el bronce de Kelsier, empezó a emitir un suave pulso no muy distinto a un segundo latido.

—Ah, bien —dijo Sazed, deshaciendo el vendaje improvisado de Vin—. Temí que su cuerpo estuviera demasiado poco familiarizado con la alomancia para quemar metales inconscientemente. Hay

esperanza, creo. Maese Cladent, necesito una olla de agua hirviendo, vendas y la bolsa médica de mis habitaciones. ¡Rápido!

Clubs asintió e indicó a sus aprendices que trajeran lo que se había pedido. Kelsier dio un respingo mientras observaba el trabajo de Sazed. La herida era grave, peor que ninguna a las que él mismo había sobrevivido. El corte le llegaba hasta el intestino: el tipo de herida que mataba lenta pero inevitablemente.

Vin, sin embargo, no era una persona corriente: el peltre mantenía vivo a un alomántico mucho después de que su cuerpo hubiera cedido. Además, Sazed no era un curandero cualquiera. Los ritos religiosos no eran lo único que los guardadores almacenaban en su sorprendente memoria; sus mentes de metal contenían enormes tesoros de información sobre cultura, filosofía y ciencia.

Clubs echó a sus aprendices de la habitación cuando empezó la operación. El procedimiento requirió una alarmante cantidad de tiempo, con Ham aplicando presión a la herida mientras Sazed cosía lentamente el interior de Vin. Por fin, cerró la herida exterior, aplicó un vendaje limpio y luego le pidió a Ham que llevara con cuidado a la muchacha a su cama.

Kelsier se levantó, viendo cómo Ham sacaba de la cocina el cuerpo débil y flácido de Vin. Luego se volvió hacia Sazed. Dockson, la otra única persona presente, estaba sentado en un rincón.

Sazed negó gravemente con la cabeza.

—No sé, maese Kelsier. Podría sobrevivir. Tendremos que suministrarle peltre... Eso ayudará a su cuerpo a crear nueva sangre. Incluso así, he visto a muchos hombres fuertes morir por heridas más pequeñas que esta.

Kelsier asintió.

—Creo que llegué demasiado tarde —dijo Sazed—. Cuando descubrí que se había marchado de la Mansión Renoux, vine a Luthadel lo más rápido que pude. Usé toda una mente de metal para hacer el viaje. Siguió siendo demasiado lento...

—No, amigo mío. Lo has hecho bien esta noche. Mucho mejor que yo.

Sazed suspiró y luego acarició con la mano el gran libro que había apartado antes de iniciar la operación. El tomo estaba manchado de lluvia y sangre. Kelsier lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué es eso?

—No lo sé —respondió Sazed—. Lo encontré en el palacio, mientras buscaba a la muchacha. Está escrito en khlenni.

Khlenni, el lenguaje de Khlennium, la antigua tierra del lord Legislador, antes de la Ascensión. Kelsier se acercó.

—¿Puedes traducirlo?

—Tal vez —dijo Sazed, y de repente pareció muy cansado—. Pero... no por ahora, creo. Después de esta noche, necesitare descansar.

Kelsier asintió y llamó a uno de los aprendices para que preparara una habitación para Sazed. El terrisano hizo un gesto de agradecimiento y empezó a subir cansinamente las escaleras.

—Ha salvado algo más que la vida de Vin esta noche —dijo Dockson, acercándose a Kelsier—. Lo que has hecho es una estupidez, incluso para ti.

—Tenía que saberlo, Dox. Tenía que volver. ¿Y si el atium está allí?

—Dijiste que no lo está.

—Lo dije y estoy casi seguro. Pero ¿y si me equivoco?

—Eso no es excusa —dijo Dockson, enfadado—. Ahora Vin se está muriendo y el lord Legislador sabe que existimos. ¿No fue suficiente que causaras la muerte de Mare intentando entrar en esa sala?

Kelsier hizo una pausa, pero estaba demasiado agotado para sentir ninguna ira. Suspiró y se sentó.

—Hay más, Dox.

Dockson frunció el ceño.

—He evitado hablar del lord Legislador a los demás, pero... estoy preocupado. El plan es bueno, pero tengo esta terrible sensación ominosa de que nunca tendremos éxito mientras él viva. Podremos robar su dinero, podremos quitarle sus ejércitos, podremos expulsarlo de la ciudad... pero sigue preocupándome no poder detenerlo.

Dockson frunció el ceño.

—¿Entonces hablas en serio de ese Undécimo metal?

Kelsier asintió.

—Llevo dos años buscando un modo de matarlo. Los hombres lo han intentado todo. No le afectan las heridas normales y la decapitación solo le molesta. Un grupo de soldados incendió la posada donde se alojaba durante una de las primeras guerras. El lord Legislador salió de allí siendo apenas un esqueleto y luego sanó en cuestión de segundos.

»Solo las historias del Undécimo metal ofrecían alguna esperanza ¡Pero no puedo hacerlo funcionar! Por esto he tenido que volver al palacio. El lord Legislador lo esconde en algún lugar de esa sala... Lo presiento. No puedo dejar de pensar que, si supiéramos qué es, lograríamos detenerlo.

—No tenías que llevarte a Vin contigo.

—Me siguió —dijo Kelsier—. Me preocupaba que intentara entrar por su cuenta, así que se lo permití. La chica es testaruda, Dox... Lo oculta bien, pero es enormemente obstinada cuando quiere serlo.

Dockson suspiró, y luego asintió lentamente.

—Y seguimos sin saber qué hay en esa sala.

Kelsier miró el libro que Sazed había dejado sobre la mesa. La lluvia lo había manchado, pero el tomo obviamente había sido diseñado para durar. Estaba bien cerrado para impedir que la lluvia se colara dentro y la tapa era de cuero bien curtido.

—No, no lo sabemos —dijo Kelsier por fin. *Pero tenemos esto, sea lo que sea.*

—¿Ha merecido la pena, Kell? —preguntó Dockson—. Esa hazaña de locos, ¿ha merecido la pena realmente que estuvieran a punto de mataros, a ti y a la chica?

—No lo sé —contestó Kelsier con sinceridad. Se volvió hacia Dockson y miró a su amigo a los ojos—. Pregúntamelo cuando sepamos si Vin va a vivir o no.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE